

HABITAR LA VIRTUD ES LA TERCERA ENTREGA DE UN PROYECTO EDITORIAL DE SURA QUE PROPONE SUSCITAR NUEVAS CONVERSACIONES Y COMPRESIONES ACERCA DE LOS DESAFÍOS QUE ABORDAMOS COMO SOCIEDAD A LO LARGO DEL TIEMPO.



# Habitar la virtud

CONVERSACIÓN INTEMPORAL ENTRE SÉNECA Y RICARDO SILVA ROMERO  
SOBRE REFLEXIONES ÉTICAS QUE NOS OCUPAN



#1 CARTAS A LUCILIO  
SÉNECA

#2 EL LIBRO DE LAS HORAS  
RICARDO SILVA ROMERO

Lucio Anneo Séneca (4 a. C-65 d. C, Córdoba-Roma). Filósofo, político, estadista y orador. Fue la figura intelectual más destacada de Roma en el siglo I d. C. Realizó sus escritos de ética práctica mientras hacía las veces de cónsul, senador y consejero de los emperadores Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, e incluso fue tutor de este último. Gobernó *de facto* el Imperio romano mientras su pupilo tomaba el mando. Aunque Séneca es considerado uno de los grandes filósofos estoicos, nunca ocultó su interés por el epicureísmo, pensamiento que nutre y afina su mirada. Al retirarse de la vida pública escribió *Cartas a Lucilio*, epístolas en las que ofrece consejos y reflexiones a un supuesto amigo que ejercía como procurador en Sicilia. Murió por su propia mano para evitar que Nerón lo asesinara.

Grupo SURA reedita una selección adaptada de *Cartas a Lucilio*, de Séneca, al considerar la vigencia y la pertinencia de esta obra frente a los desafíos que vivimos como humanidad.



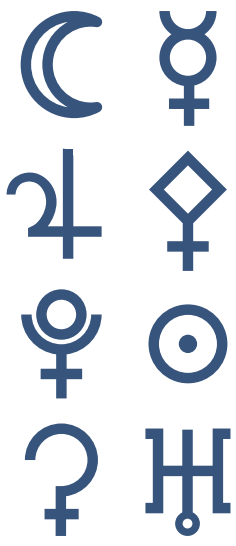
CARTAS A LUCILIO

# Cartas a Lucilio

SÉNECA



HABITAR LA VIRTUD



# Cartas a Lucilio

SÉNECA

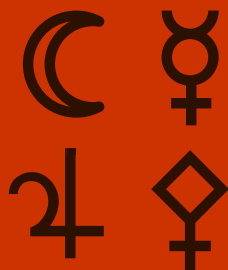


# Índice

Nota sobre la adaptación .....	6	Carta 7 Sobre las multitudes y los vicios .....	26	Carta 27 Sobre el esfuerzo personal por la virtud .....	56	Carta 70 Sobre justificaciones para el suicidio .....	88
Preámbulo Carta a Meneceo Epicuro .....	10	Carta 11 Sobre el sonrojo y lo que nos es innato .....	32	Carta 28 Sobre los viajes y la insatisfacción .....	62	Carta 91 Sobre disponerse para el azar .....	96
Cartas a Lucilio Séneca .....	16	Carta 12 Sobre la vejez y los placeres .....	36	Carta 33 Sobre el recordar y el saber .....	66	Carta 103 Sobre el peligro que viene del hombre .....	104
Carta 1 Sobre el valor del tiempo .....	18	Carta 13 Sobre los miedos infundados .....	40	Carta 42 Sobre el valor de las cosas .....	70	Carta 105 Sobre cómo vivir tranquilos .....	106
Carta 2 Sobre mejores lecturas y viajes .....	22	Carta 16 Sobre la filosofía y la felicidad .....	48	Carta 43 Sobre vivir de cara al público .....	76	Epílogo Que filosofar es aprender a morir Michel de Montaigne .....	110
Carta 6 Sobre la amistad y el aprendizaje .....	24	Carta 18 Sobre las festividades y la pobreza .....	52	Carta 44 Sobre filosofía y nobleza .....	78	Créditos .....	112
				Carta 47 Sobre el trato a los esclavos .....	80		

# Nota sobre la adaptación

MÓNICA PALACIOS



NOTA SOBRE LA ADAPTACIÓN

MÓNICA PALACIOS

La vigencia de la filosofía antigua no es tema de discusión. El valor moral del comportamiento humano, la construcción del pensamiento crítico, la búsqueda del conocimiento para un buen vivir son tan necesarios hoy como hace más de dos mil años. Las formas para compartir estos contenidos, sin embargo, sí se pueden adaptar a lenguajes y referencias contemporáneas que faciliten su comprensión y asimilación para un público que hoy, gracias a un acceso casi ilimitado a todo tipo de información, tiene una escala de atención a los contenidos cada vez más selectiva, por eso se procesan las formas clásicas para hacer textos atractivos sin que pierdan su esencia.

Para esta adaptación se consultaron diversas fuentes entre las mejor referenciadas por los estudiosos del pensamiento de Séneca que han seguido la divulgación de su obra a lo largo de la historia, tanto en los análisis críticos como en las traducciones a diferentes idiomas. El objetivo fue lograr un español contemporáneo, fluido y claro, sin traicionar en nada el espíritu de la obra original. Se confrontaron cada una de las cartas seleccionadas en las ediciones mejor calificadas, tanto antiguas como contemporáneas, para captar de manera amplia el sentido integral de los textos y así llegar a las palabras, formas gramaticales y construcciones lingüísticas que en el uso actual mejor corresponden con las ideas expresadas por el filósofo en sus cartas.

Esta edición no contiene notas explicativas con el fin de evitar que la lectura se disperse o se fragmente, en su lugar, se amplían dentro del mismo texto algunos conceptos que podrían resultar complejos y se actualizan términos y expresiones que podrían estar en desuso. De igual forma, los títulos para cada carta se eligieron siguiendo el vocabulario actual de la adapta-

ción, ya que en general cada edición las titula según su estilo, pero se conserva en todas la misma enumeración de la primera publicación (1475) que sigue un orden cronológico.

La variedad de fuentes ofrece para la adaptación un universo completo del valor literario de estos escritos, del contexto histórico desde el que fueron creados, de la relación con otras obras de Séneca y de la más posible intención que tuvo al seleccionar el género epistolar para expresarse; dado su valor pedagógico para ser leído e interpretado por un público amplio. Con esa intención en mente se trabajó la redacción para esta edición actualizada de su filosofía.

# Carta a Meneceo

EPICURO



PREÁMBULO

EPICURO

Que nadie tarde en filosofar por ser joven, ni se canse de filosofar por ser viejo. Para nadie es muy pronto ni muy tarde para ocuparse de la salud de su alma. Decir que no ha llegado o que ya pasó la hora de filosofar es como decir que no ha llegado o que ya se fue la hora de la felicidad. Por eso, tanto el viejo como el joven deben filosofar, el primero para que la gratitud de los bienes recibidos le rejuvenezca, el segundo para que, igual que el viejo, no tema lo que está por venir. Por eso es necesario reflexionar sobre lo que nos hace felices, pues una vez en este estado, no necesitamos nada más, y cuando no lo estamos, hacemos todo para alcanzarlo.

Practica y medita lo que con frecuencia te aconsejo para que aceptes que esto es lo que constituye el buen vivir. Empieza por reconocer que Dios es un ser virtuoso y feliz, tal como lo dice el sentido común, nada diferente a estas características le debe ser atribuido. Acepta como propósitos de su poder todo lo que se dirige a lograr su virtuosidad y su felicidad. En efecto, los dioses existen, pues es claro el conocimiento que se tiene de ellos, aunque no son como supone el común de la gente, pues les atribuyen capacidades que no les corresponden. Entonces no es impío quien rechaza a los dioses de la gente, sino el que atribuye a los dioses lo que la gente cree de ellos. Porque lo que afirma la mayoría de las personas sobre los dioses no son ideas basadas en la experiencia, sino falsas suposiciones, según las cuales estos hacen que las peores desgracias caigan sobre los malvados y las grandes bendiciones sobre los buenos, ya que los dioses, acostumbrados a sus propias virtudes, premian con gusto las que son iguales, pero rechazan las que les son extrañas.

Acostúmbrate a considerar que la muerte no es nada para nosotros. Porque todo lo bueno y todo lo malo que nos pasa podemos sentirlo, y la muerte es la eliminación de la sensación.



Por tanto, reconocer que la muerte no es nada para nosotros hace que la condición mortal de la vida sea disfrutable, no porque le sume un tiempo ilimitado, sino porque borra el anhelo de inmortalidad; ya que no habrá temor en la vida para aquel que ha comprendido correctamente que no hay nada temible en el no vivir. Por eso es necio quien dice temer a la muerte, no porque será dolorosa cuando se presente, sino porque le duele anticiparse a ella. Aquello que no nos entristece cuando se hace presente, no es más que un sufrimiento vacío durante la espera.

Así que la muerte, el peor de los males, no es nada para nosotros porque cuando tenemos vida, la muerte no está presente, y cuando la muerte se presenta, ya no estamos vivos. Entonces no es nada ni para los vivos ni para los muertos, porque para unos ella no es, y para los otros ellos ya no son.

La gente unas veces huye de la muerte como el mayor de los males, y otras la anhela como el fin de los males de la vida. Pero el hombre sabio ni busca escapar de la vida ni teme el no vivir más. De igual manera que no escoge la comida más abundante, sino la que mejor sabe, tampoco disfruta el tiempo más largo, sino el más placentero.

Y es necio quien recomienda al joven vivir bien, pero al viejo morir bien; no solo porque vivir es agradable, sino porque el arte de vivir y morir bien son la misma cosa. Pero es peor quien dice que «es bueno no haber nacido, pero habiendo nacido, lo mejor es franquear cuanto antes las puertas del Hades». Porque si de verdad cree en lo que dice, ¿por qué no abandona la vida? Es algo que está a su alcance, si es lo que ha decidido firmemente; y si lo dice en broma, es frívolo en cosas que no lo son.

Debemos tener presente que el futuro no es completamente nuestro, pero tampoco nos es completamente ajeno, esto con el fin de que no lo esperemos con una certeza absoluta, pero tampoco nos desesperemos como si nunca fuera a realizarse.

Debemos también considerar que algunos de nuestros deseos son naturales y otros vanos; y entre los naturales, unos son necesarios, otros solo naturales; de los necesarios, algunos lo son para la felicidad, otros para el bien del cuerpo, y otros para la vida misma. La correcta comprensión de estos hechos nos permite someter toda elección y rechazo a la salud del cuerpo y a la tranquilidad del alma, dado que esto es el destino de una vida feliz. Es con este fin que actuamos siempre, es decir, para evitar el dolor y el temor. Cuando nos aseguramos finalmente de esto, se apaciguan las tempestades del alma, ya que quien vive así ya no tiene que andar divagando detrás de algo perdido, ni buscar con qué completar el bien del alma y del cuerpo. El placer se nos hace necesario cuando sentimos dolor por su ausencia, ya que cuando no padecemos dolor no nos es preciso el placer. Por esto decimos que este es el principio y el fin de la vida dichosa. Reconocemos el placer como un bien primero e innato; desde él iniciamos toda elección y rechazo, y a él regresamos usando el criterio como medida para juzgar todo lo que es bueno.

Aunque es nuestro bien primero y connatural, no elegimos todo placer, en ocasiones omitimos muchos de ellos cuando derivan en una molestia mayor para nosotros; y también preferimos a veces algunos dolores cuando de ellos deviene un placer aun mayor después de haber estado largo tiempo sometidos. Entonces, es un bien todo placer por tener una naturaleza apropiada a la nuestra, y aunque todo dolor es un mal, no hay que evitarlo siempre. Aun así, conviene juzgar todo esto en una escala comparativa y considerando todas las ventajas y desventajas. Pues en algunas circunstancias tratamos algo bueno como si fuera malo y, a su vez, algo malo como bueno.

De igual forma, estimamos la autosuficiencia como un gran bien, no para que siempre disfrutemos con poco, sino para que, cuando no tenemos mucho, conformarnos con poco, comple-

tamente convencidos de que gozan de la abundancia con más dulzura los que menos la necesitan, y que todo lo natural se obtiene fácil, pero que lo superficial es difícil de lograr. Las comidas simples nos dan un placer igual al de una alimentación lujosa cuando todo el dolor que causa la carencia ha sido suprimido; y el pan y el agua dan enorme placer cuando quien los necesita los pone en sus labios. Por eso, acostumbrarnos a dietas simples y no lujosas es conveniente para nuestra salud, hace al hombre diligente en las ocupaciones necesarias de la vida; y cuando después de intervalos accedemos a lujos, nos da una mejor disposición hacia estos, nos prepara para no temer a la fortuna.

Cuando decimos, entonces, que el placer es el fin, no nos referimos a los placeres de los disolutos ni a los que consisten en el goce regalado, como suponen algunos que ignoran o no están de acuerdo con nosotros o no entienden nuestras ideas; hablamos de no padecer dolor en el cuerpo ni turbación en el alma. Ya que no son el comer y el beber continuos, ni las satisfacciones de la lujuria, ni el disfrute del pescado y otros lujos de una mesa suntuosa los que dan lugar a una vida placentera, sino el razonamiento sobrio, la indagación por una causa para cada elección y rechazo y la expulsión de opiniones que causan las mayores perturbaciones del espíritu.

La prudencia es el principio de todo esto y el mayor bien, por eso es máspreciada incluso que la filosofía, ya que de ella surgen las demás virtudes, y nos enseña que no es posible vivir de forma placentera sin una vida prudente, honorable y justa, ni una vida de prudencia, honor y justicia sin vivir de forma placentera. Las virtudes están ligadas de manera natural con el vivir placentero y el vivir placentero es inseparable de ellas. Quién consideras que puede ser superior a un hombre que sostiene opiniones piadosas sobre los dioses, que nunca teme a la

muerte, que ha meditado sobre el fin natural de todo, que entiende que el límite de las cosas buenas es fácil de satisfacer y de lograr, mientras que el camino de los males es breve en tiempo e implica sufrimiento. Que se ríe del destino, del que hay quienes dicen que es el déspota de todo y dice que hay cosas que pasan por necesidad, otras por azar, y algunas dependen de nosotros, y ve que la necesidad no da razones, que el azar es inconstante, pero nuestra voluntad es libre, no responde a ningún amo, y por eso es susceptible de elogio o censura. Porque casi es mejor creer en los mitos sobre los dioses que hacerse esclavos del destino de los filósofos naturalistas: los primeros hablan de una esperanza de aplacar a los dioses adorándolos, mientras que el otro es un destino inexorable. En cuanto a la fortuna, para este hombre no es una divinidad como la ve la mayoría (porque en los actos de un dios nada es desordenado), ni tampoco como una causa incierta de todas las cosas, pues no cree que el bien y el mal sean dados a los hombres por el azar destinados a una vida feliz, aunque dé lugar a los principios de grandes bienes y males. Por tanto, este piensa que es preferible ser desafortunado y sensato que afortunado e insensato. En todo caso, lo mejor es que lo que hemos decidido con juicio resulte ser una buena acción con ayuda del azar.

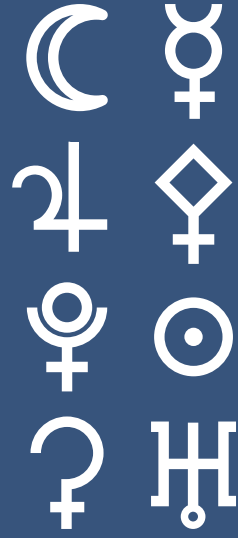
Medita, pues, sobre estas cosas y las que les son afines, pién-salas noche y día dentro de ti y con quien sea semejante a ti, y nunca tendrás turbaciones ni en la vigilia ni en el sueño, sino que vivirás como un dios entre los hombres. Pues en nada se parece a un mortal el hombre que vive entre bienes inmortales.

# Cartas a Lucilio

SÉNECA

CARTAS A LUCILIO

SÉNECA



## Sobre el valor del tiempo

Haz lo siguiente, querido Lucilio: libérate de ti mismo por tu propio bien; recupera y conserva el tiempo que hasta ahora te han quitado, o te han robado, o

se te ha escapado. Convéncete de la verdad en mis palabras: hay momentos que nos arrebatan, otros que nos roban, otros que se desvanecen. La más vergonzosa, sin embargo, es la pérdida por descuido. Es más, si te fijas bien, verás que perdemos buena parte de la vida cuando no actuamos bien, una buena porción mientras no hacemos nada, y todo el resto cuando hacemos lo que no deberíamos estar haciendo. ¿Podrías mostrarme a alguien que valore su tiempo, que reconozca el precio de cada momento, que entienda que cada día está muriendo? Nos equivocamos cuando pensamos en la muerte como algo que nos espera en el futuro, la mayor parte de la muerte ya pasó. Todos los años que hemos vivido están ya en sus manos.

Entonces, querido Lucilio, haz lo que dices en tus cartas que has estado haciendo: atesora cada hora. Si te concentras en el hoy, dependerás menos del mañana. Mientras tú pospones, la vida marcha.

Todo lo que tenemos, Lucilio, pertenece a alguien, excepto el tiempo: la naturaleza nos confió como única propiedad esta cosa, tan efímera y resbalosa que cualquiera que lo desee nos puede privar de ella. Y son tan tontos los mortales que permiten que se les cobren las cosas más baratas e inútiles, fácilmente reemplazables; en cambio nadie considera que debe algo cuando hace uso de ese bien tan valioso que es tu tiempo. Este es, pues, el único préstamo que ni el más agradecido puede saldar.

Tal vez quieras saber cómo actúo yo, que te doy estas instrucciones. Confieso con franqueza que gasto a manos llenas, pero con precaución: llevo la cuenta de mis gastos. No puedo

presumir que no he desperdiciado, pero puedo dar cuenta de qué he perdido, la razón y la forma; puedo explicar la causa de mi pobreza. Me ha pasado lo mismo que a muchos que han perdido sus recursos sin que sea su culpa: todo el mundo los entiende, pero nadie los rescata.

¿Qué podemos concluir? Que no considero que alguien sea pobre si lo poco que le queda le es suficiente. Mi consejo para ti, sin embargo, es que conserves lo que tienes, y entre más pronto empieces, mejor. Ya que como decían nuestros ancestros: es tarde empezar a ahorrar cuando en el barril sólo queda el residuo. No sólo porque lo que queda sea poco, sino porque es lo de peor calidad.





## Sobre mejores lecturas y viajes

Según lo que me escribes, y por lo que he oído, me cabe tener esperanza sobre tu futuro, no eres alguien que se preocupa por mudarse de un lugar a otro,

porque esa agitación es señal de una pobre salud mental. Como yo lo veo, la primera muestra de una mente equilibrada es la capacidad para permanecer en un solo lugar y acompañarse a sí mismo.

Sin embargo, ten cuidado en cuanto a tus lecturas de muchos autores y de toda clase de libros, porque puede llevarte a ser inestable y caprichoso. Es mejor que persistas con un número limitado de grandes pensadores y te alimentes de sus palabras, si esperas que alguna de sus ideas se afiance en tu mente. Estar en todas partes significa no estar en ninguna. Quienes viajan todo el tiempo logran tener muchos conocidos, pero ningún amigo. Lo mismo puede decirse de quienes no buscan cercanía con ningún autor, sino que pasan por todos con prisa y desapego.

Cuando la comida sale del estómago tan pronto como ha entrado no le hace ningún bien al cuerpo; nada impide tanto que sanemos como el cambio frecuente de medicinas; ninguna herida se cierra cuando intentamos diferentes curaciones al tiempo; una semilla que se trasplanta varias veces nunca llega a crecer fuerte. De hecho, nada es tan útil que nos beneficie sólo con cambiarlo. Tener muchos libros es una presión para una persona; por eso, como no puedes leer todo lo que tienes, es mejor tener sólo lo que puedes leer.

Me dices, entonces: «Pero quiero repasar un libro y después otro». Las personas de estómagos delicados dan mordisquitos a esto y a lo otro, pero cuando la variedad de comidas es mucha, no nutre, sino que indigesta. Así que lee siempre autores que valgan la pena, y si se te antoja leer otros, regresa luego a

los primeros. Adquiere cada día un conocimiento que te fortalezca contra la pobreza, uno contra la muerte y, de hecho, otros contra las demás desgracias. Cuando hayas revisado muchos pensamientos, escoge uno para reflexionar a profundidad y afianzar en tu mente. Esta es también mi costumbre, apropiarme de un pensamiento entre los muchos que leo en un día.

El de hoy lo encontré en Epicuro —porque acostumbro pasarme por el campo enemigo, no como desertor, sino como explorador—. Dice: «La pobreza con alegría es un estado honesto». Aunque, de hecho, si es alegre, no es pobreza, porque pobre no es quien tiene poco, sino quien quiere más. ¿Qué importa cuánto ha acumulado alguien en sus cajas fuertes o en sus bodegas, cuánto tiene invertido o cuántas son sus ganancias, si envidia las posesiones de otros y hace cálculos, no sobre lo que ha ganado sino sobre lo que podría ganar? ¿Preguntas cuál es el límite apropiado para la riqueza? Esto es, primero que todo tener lo necesario, y luego lo suficiente.

## Sobre la amistad y el aprendizaje

Como yo lo entiendo, querido Lucilio, es que no estoy pasando por una simple remoción de defectos, sino por toda una transformación; siento que aún

queda en mí mucho por reparar; características mías que necesitan ser moderadas, disimuladas o resaltadas. Este gesto demuestra en sí mismo que mi mente se ha transformado en algo mejor de lo que era, al ver en mí defectos que antes ignoraba que tuviera. Algunos pacientes reciben felicitaciones cuando reconocen su enfermedad.

Por tanto, quisiera compartir contigo estos cambios repentinos en mí, con lo que comenzaría a tener más confianza en nuestra amistad. Entonces sería una verdadera amistad, de las que ni la esperanza, ni el miedo, ni los intereses individuales pueden separar; el tipo de amistad que dura hasta la muerte y por la que se muere. Te puedo hablar de muchos a quienes no les ha faltado amistad, pero sí un amigo; esto no es posible que ocurra, sin embargo, cuando una intención idéntica lleva a las almas a un encuentro de voluntades honorables. ¿Cómo podría ser de otro modo? Porque saben que lo tienen todo en común, especialmente las dificultades. No te imaginas cuánto avance veo que logro cada día.

Cuando me dices: «Comparte también conmigo estos dones que te han resultado tan prácticos», entonces te contesto que no veo la hora de transmitirte este privilegio; encuentro gran gusto en aprender para poder enseñarte. Ningún conocimiento me complacería, no importa qué tan provechoso sea, si lo guardo sólo para mí. Si se me entregara la sabiduría con la condición de guardarla para mí y nunca contárselo a nadie, no la aceptaría. No hay placer en poseer ningún bien si no se comparte con los amigos.

Entonces te voy a enviar estos libros y voy a señalar mis anotaciones, para que no pierdas mucho tiempo buscando las partes interesantes y encuentres lo que yo apruebo y me impresiona. Aunque, por supuesto, el contacto directo y de viva voz te será más útil que la palabra escrita: entonces ven a visitarme frente a frente; primero, porque los humanos confían más en sus ojos que en sus oídos; y segundo, porque el camino es largo cuando uno sigue preceptos, pero corto cuando uno sigue ejemplos. Cleantes no hubiera sido la viva imagen de Zenón si sólo hubiera oído sus discursos; él se hizo parte de la vida de Zenón, examinó sus intenciones y analizó si seguía sus propias enseñanzas. Platón, Aristóteles y todos los filósofos que luego tomarían rumbos diferentes sacaron más provecho del comportamiento que de las palabras de Sócrates. No fue el salón de clases de Epicuro, sino la convivencia con él bajo el mismo techo lo que hizo de Metrodoro, Hermarco y Polieno los grandes hombres que fueron. Y no te convoco sólo para tu beneficio, también yo aprovecho tu compañía; tenemos mucho por otorgarnos mutuamente.

Mientras tanto, te daré, como la pequeña contribución diaria que te estoy debiendo, esta frase de Hecatón que hoy me ha gustado: «¿Me preguntas en qué he progresado? He comenzado a hacerme amigo de mí mismo». Ese es, de hecho, un gran avance, ya que nunca se estará solo. Créeme, un amigo de esta naturaleza es posible para todos.



## Sobre las multitudes y los vicios

¿Me preguntas qué deberías evitar especialmente? A mi juicio, las multitudes, ya que no puedes confiarte a una con seguridad. Te confesaré mi

propia debilidad en este sentido, y es que nunca regreso a casa con el mismo temperamento con el que salí; algo que había logrado calmar dentro de mí se vuelve a perturbar. Igual que pasa con los enfermos que llevan mucho tiempo confinados, y cuando son llevados afuera vuelven a recaer, nos pasa lo mismo cuando nuestro espíritu se recupera de una enfermedad crónica; el contacto con grupos numerosos nos hace daño. No falta quién nos haga parecer atractivo un vicio, o nos lo enseña, o nos contamina con él casi sin darnos cuenta.

Y con certeza, entre más grande la multitud en la que nos metemos, mayor es el peligro. Pero nada es más dañino para el espíritu que ocupar un asiento en un espectáculo público, porque ahí el placer de lo visto permite que el vicio se nos entre más fácil. ¿Qué crees que quiero decirte?, ¿que cuando regreso a casa soy más avaro, más ambicioso, más atrevido? ¡Peor! Me vuelvo más cruel e inhumano porque he estado entre humanos.

Por casualidad, estaba hoy en el espectáculo del mediodía, esperando encontrar algo de acrobacia y entretenimiento, de ingenio, algo relajante para descansar del espectáculo de la sangre humana. Pero fue todo lo contrario; las peleas precedentes han sido casi compasivas, aquí se acabó la trivialidad y empezó el homicidio absoluto. Estos hombres no tienen nada que los proteja, están expuestos a daños por todos los lados, así que ninguno lanza un golpe en vano.

En general, este programa gusta más que los tradicionales combates populares. ¿Y por qué no? Aquí no hay cascos ni escudos que detengan la lanza, ¿para qué preocuparse de la

defensa o de la técnica? Esas cosas sólo retrasan la muerte. Por la mañana los hombres son arrojados a los leones o a los osos; por la tarde, a los espectadores. El público exige que los que matan se enfrenten con los que los van a matar, y el vencedor final es retenido para una matanza posterior. La única salida es la muerte, y los medios son el fuego y la espada. Estas cosas pasan hasta que la arena queda vacía.

«¡Pero uno de ellos es un ladrón! ¡Este mató a alguien!». ¿Y qué? Aceptemos que como asesino, él recibió su castigo; pero ¿qué crimen cometiste tú, pobre desgraciado, para merecer el castigo de presenciar este espectáculo? «¡Mátalo! ¡Azótalo! ¡Quémalo! ¿Por qué es tan cobarde para enfrentar la espada? ¿Por qué no mata con más valor? ¿Por qué no muere con más voluntad? ¡Azótenlo sobre sus heridas! ¡Que los dos reciban los golpes del otro en sus pechos desnudos y expuestos!». Una pausa en el espectáculo, y anuncian: «Una decapitación en el entretiempo, para que continúe la función».

¡Por favor! ¿No entiendes que el mal ejemplo se devuelve sobre quienes lo dan? Agradece al cielo que la persona a la que le estás enseñando a ser cruel sea incapaz de aprenderlo. La mente joven, que todavía no ha asimilado lo que es correcto, debe apartarse de las masas, pues es propensa a alinearse con las mayorías. Incluso Sócrates, Catón o Lelio habrían visto sacudida su fortaleza moral entre una multitud que les contrariara. Con mayor razón nosotros, que empezamos a fortalecer una armonía interior, podemos repeler el ataque de los vicios que se aproximan con tan amplia comitiva.

Mucho daño logra hacer un solo ejemplo de avaricia o desenfreno; el amigo cercano, si es lujurioso, nos puede debilitar y suavizar la virilidad de manera imperceptible; un vecino rico despierta nuestra codicia; un compañero rencoroso corrompe a otro, por más sincero e intachable que sea. ¿Qué crees enton-



ces que ocurre con una costumbre cuando un gran público la ataca? Te ves obligado a imitarlo o a despreciarlo.

Pero es mejor evitar ambas opciones: no imitar a los malos porque son muchos, ni odiar a muchos porque son diferentes a ti. Recógete en ti mismo, entonces, tanto como puedas. Acércate a quienes sacan lo mejor de ti y acoge a quienes tú puedes ayudar a mejorar; el efecto es recíproco, ya que aprendemos mientras enseñamos.

No hay razón para que te sientas tentado a mostrar con orgullo tu talento para declamar o debatir delante del público. Por supuesto, me gustaría que lo hicieras si tuvieras la mercancía para complacer a esa muchedumbre, pero como están las cosas, no hay nadie entre ellos que pueda entenderte. Es posible que uno que otro se te acerque, pero incluso a esos tendrás que instruir y enseñar para que puedan comprenderte.

«Entonces, ¿con qué propósito aprendí todo esto?». No temas haber perdido tu tiempo si has aprendido estas cosas para ti.

No obstante, para que hoy no haya aprendido sólo para mí mismo, voy a compartir contigo tres máximas que han llamado mi atención sobre el mismo tema. Una la puedes tomar como pago de esta carta a mi deuda y las otras dos tómalas como pagos anticipados. Demócrito dice: «Una persona cuenta tanto como una multitud para mí, y una multitud tanto como una persona».

También fue una buena respuesta la que dio alguien —ya que la autoría está en discusión— a la pregunta de por qué se esforzaba tanto en una obra de arte que muy pocos iban a ver: «Unos pocos es suficiente, uno es suficiente, incluso ninguno es suficiente».

La tercera, y la más notable, es de Epicuro, escrita a uno de sus compañeros de estudio: «Esto no lo escribo para muchos, sino para ti; somos público suficiente el uno del otro».

Aprende bien estas palabras, Lucilio, para que puedas despreciar el encanto que tiene el aplauso de las multitudes. Muchos te alaban, ¿es razón para estar orgulloso de ti si eres alguien que muchos pueden entender? Tus buenas cualidades deben mirar hacia tu interior.





## Sobre el sonrojo y lo que nos es innato

Tuve una conversación con tu amigo. Desde el principio dejó ver su talento e inteligencia y cuánto ha progresado espiritualmente. He tenido una

buena primera impresión suya y cabe esperar que el resto sea igual, ya que no preparó lo que iba a decir porque fue una conversación imprevista. Cuando se concentraba en lo que decía se sonrojaba profundamente, y le costaba ocultar su timidez; esta es una buena cualidad en alguien joven. Sospecho que esa costumbre de sonrojarse permanecerá con él incluso después de fortalecer su carácter y despojarse de sus vicios; aun después de volverse sabio. Porque no hay sabiduría que pueda eliminar las debilidades del cuerpo; lo que nos es innato se puede disimular con práctica, pero no se puede borrar del todo.

A algunos les ocurre que cuando están frente a un público, no importa qué tan seguros estén de lo que van a decir, empiezan a transpirar igual que si estuvieran muy agotados o acalorados; a otros les tiemblan las rodillas cuando se paran a hablar, o su mandíbula tiritita, sus dientes castañean o se les enreda la lengua. Ni la experiencia, ni la práctica logran eliminar estas reacciones, la naturaleza se hace presente a través de estas debilidades para dar a conocer su poder incluso a los más fuertes.

El rubor se encuentra entre estas debilidades y aparece de repente en las mejillas incluso de los hombres más dignos. Aunque es cierto que se presenta con más frecuencia entre los jóvenes, por tener la sangre más caliente y el semblante más sensible, no deja de afectar también a hombres maduros y ancianos. Algunos son más peligrosos cuando se sonrojan, como si dejaran escapar todo su sentido de la vergüenza. Sila se tornaba en su forma más violenta tan pronto el rubor asomaba en sus mejillas; nada era tan sensible como el rostro de Pompeyo:

se sonrojaba en presencia de personas, especialmente durante sus discursos en la asamblea; recuerdo que Fabiano se sonrojó cuando se presentó a testificar ante el senado, y esa timidez lucía muy bien en él.

Esta reacción no se presenta por debilidad mental, sino por lo novedoso de la situación; una persona sin experiencia probablemente no esté preocupada, pero reacciona de esta manera porque su cuerpo está acostumbrado a esta tendencia natural. Así como a algunos les fluye la sangre lento, a otros con más vigor y energía hace que les llegue pronto el color a la cara.

Como dije antes, este hábito no se corrige con sabiduría; si esta pudiera borrar todos los defectos, dominaría el universo. Lo que nos caracteriza por nacimiento o por constitución del cuerpo permanece en nosotros sin importar qué tanto esfuerzo pongamos en perfeccionarnos. Así como no se puede evitar, tampoco lo podemos solicitar.

Los actores imitan las emociones, fingen tener miedo y estar nerviosos, representan la tristeza y cuando tienen que interpretar la timidez hacen gestos como inclinar la cabeza a un lado, hablar bajo y mirar fijamente al suelo, pero no pueden sonrojarse, el rubor no se puede evitar ni provocar. En estos casos la sabiduría no sirve de nada, no puede ayudarnos; estas cosas tienen su propia jurisdicción, llegan sin que se les llame y se van sin que se les pida.

Pero ahora esta carta pide un cierre. Toma este, muy útil y saludable, que te aconsejo aprendas de memoria: «Debemos escoger a un hombre de alta moral y tenerlo siempre presente en nuestra mente para vivir y actuar como si nos estuviera observando».

Querido Lucilio, fue Epicuro quien nos dio esta enseñanza; nos aconseja un vigilante y tutor, y con mucha razón, porque es muy probable que seamos menos propensos a actuar de manera errada cuando tenemos un testigo que nos observa. Hay que

darle al alma alguien a quien respetar, alguien cuya autoridad respete incluso en su intimidad.

Es feliz el hombre que hace que otros sean mejores, no sólo cuando está presente, sino incluso en sus pensamientos. Y es también feliz el hombre que se comporta mejor sólo con el recuerdo de aquel a quien respeta. Quien admire a otro de esta manera no tardará mucho en ser a su vez igual de admirado.

Elige, entonces, a un Catón, o si este te parece demasiado serio, elige a un Lelio, que es más moderado. Elige a alguien cuyas acciones, palabras, e incluso su semblante, ya que la cara es reflejo del interior, te hayan impresionado. Mantenlo siempre en mente como tu guardián y tu ejemplo. Como te dije, necesitamos tener a alguien cuya vida nos sirva como modelo de conducta; nunca vas a enderezar lo que está torcido si no es con una guía.

## Sobre la vejez y los placeres

Hacia donde mire encuentro señales de mi avanzada edad. Hace poco visité mi tierra en el campo y me quejaba de todo lo que gasto en mi vieja casa, casi en ruinas. Quien me la administra me dice que no es falta de cuidado de su parte, él hace lo que puede, pero es una edificación vieja. Así que el estado de la casa también me reflejó: ¿qué me espera más adelante si estos materiales, que tienen mi edad, están así de acabados?

Estaba molesto con él, así que lo atacé con cualquier excusa para desahogar mi rabia. «Es obvio —le dije— que esos árboles no están bien cuidados, no tienen hojas; las ramas tienen nudos y están reseca; los troncos están rugosos y abandonados. ¡Esto no ocurriría si alguien removiera la tierra a su alrededor y los regara!». El administrador invocó a los cielos y me juró que hacía todo lo posible, que nunca descuidaba sus labores, pero que esos árboles ya estaban viejos. Aquí entre nos, yo planté esos árboles, cuando nacieron sus primeras hojas, yo estaba ahí para verlas.

Luego miré hacia la puerta y pregunté: «¿Quién es este?, ¡qué decrepito! Hiciste bien en ponerlo de portero, porque ya va de salida. ¿De dónde lo sacaste? ¿Qué gusto le encuentras a cargar un muerto de otro?». Pero el hombre aludido respondió: «¿No me reconoce, señor? ¡Soy Felicio! Usted solía regalarme juguetes. Mi padre era Filosito, el mayordomo; yo fui su compañero de juegos». «Está claramente loco —dije—. ¿Ahora se convirtió en un niño y jugaba conmigo? Aunque bien podría ser, a juzgar por los dientes que le faltan».

A mi casa de campo le agradezco que me haga evidente mi propia edad en cada rincón hacia el que miro. Abracemos y amemos la vejez, que está llena de placeres si es que sabes cómo

usarla. Las frutas son más dulces justo antes de podrirse, la juventud tiene más encanto en sus últimos años, a quienes disfrutamos del vino nos sabe mejor la última copa, esa que nos da el empujón final hacia la embriaguez.

Todo placer guarda para el final su mayor deleite. El momento más placentero de la vida es cuando empieza a descender, pero todavía no ha iniciado la caída abrupta; y pienso que la vida que llega al borde del alero, por decirlo así, también tiene su encanto. O si no lo tiene, cuenta con este otro: el placer de no necesitar placeres. ¡Qué agradable es haber agotado todos nuestros deseos y haberlos dejado atrás!

Dices: «Pero es una molestia mirar a la muerte de frente». Primero, los viejos y los jóvenes deben tener siempre la muerte a la vista, ya que no es que nos convoque siguiendo el orden que tenemos en el censo; y segundo, nadie es tan viejo como para que le sea inapropiado esperar un día más de vida. Y cada día es un peldaño en la escalera de la existencia.

Toda nuestra vida está compuesta de partes, círculos más grandes que rodean otros más pequeños; el primero y más amplio de estos va desde nuestro nacimiento hasta nuestro último día de vida, le sigue uno que encierra toda nuestra vida adulta; uno más adentro circunscribe nuestra infancia. Y luego está, en otro tipo de círculos, el año, que encierra todos los periodos de tiempo que sumados dan el total de nuestra vida; el mes está encerrado por un aro más estrecho, el día por uno aun más pequeño, e incluso el día encierra un círculo que va desde el amanecer hasta el anochecer.

Por eso Heráclito se ganó su apodo (el Oscuro), por la oscuridad de su propuesta: «Un día es igual a cualquier día». Muchas personas han interpretado esta frase de diferentes maneras. Para algunos quiso decir que los días son iguales en el número de horas, y eso es cierto, si un día comprende veinticuatro

horas, es necesario que todos sean iguales y que la noche recupere lo que se pierde en el día. Otros interpretan que un día es semejante a otros en su naturaleza, ya que incluso el espacio de tiempo más prolongado no puede contener elementos que no se encuentren por igual en un solo día: la luz y la oscuridad. La alternancia regular de las estaciones nos puede dar más noches y más días, pero no cambia su naturaleza, aunque los días sean a veces más breves, a veces más prolongados.

Por consiguiente, hay que tratar cada día como si fuera el último de su tipo, como si redondeara y completara nuestra existencia.

Pacuvio, que tomó a Siria como posesión suya, acostumbraba celebrar funerales en su propio honor, con el vino y las comidas apropiadas, y luego se hacía llevar a su habitación, mientras los eunucos aplaudían y cantaban en griego, con acompañamiento musical: «¡Se acabó la vida! ¡Se acabó la vida!». Ni un solo día dejó Pacuvio de celebrar su propio funeral.

Hagamos lo mismo, no por malas razones, como él, sino por unas nobles, y al momento de ir a dormir, digamos con gusto y alegría: «He vivido. El camino que el destino me trazó ha terminado».

Y si Dios nos quiere conceder otro día, recibámoslo con gusto. Es más feliz y más seguro de sí mismo quien espera el mañana sin ansiedad. Para quien dice: «He vivido», cada día que se despierta es una ganancia.

Pero me ha llegado el momento de terminar esta carta. «¿Y qué? —dices— ¿me la harás llegar sin mi pequeña ofrenda?». No temas, que algo trae. ¡Qué digo algo!, ¡mucho trae!, porque ¿qué podría ser mejor que esta frase que ahora escribo para que te la transmita?: «Está mal vivir con limitaciones, pero nadie está limitado a vivir con limitaciones». Por supuesto que no; por todos lados se abren senderos cortos y simples hacia la libertad; y demos gracias a Dios que a nadie

se le obliga a permanecer vivo. Podemos saltarnos esas mismas limitaciones.

«Eso lo dijo Epicuro —me contestas—, ¿qué haces tú con las palabras de otro?». Todo lo que sea verdad es mío. Continuaré enseñándote las citas de Epicuro, así quienes las repiten, pero le dan más valor a quien las dijo que a lo dicho, entenderán que las mejores ideas son patrimonio público.

## Sobre los miedos infundados

Sé que tienes muchos ánimos, porque incluso desde antes de adiestrarte en los conocimientos que dan salud y superan los obstáculos, estabas orgulloso de tu manejo ante la fortuna, mucho más después de haberla confrontado y comprobar tu fortaleza. No es posible estar seguros de nuestras fuerzas sino hasta que muchas dificultades se nos presentan por todos lados, o incluso hasta que se nos aproximan lo suficiente. Esta es la única manera en que se comprueba la fortaleza de ánimo; una mente que no acepta otro juicio que el propio.

Esta es la piedra de toque para el carácter; ningún competidor entra con ánimos en la lucha si nunca ha sido derrotado, sólo lo hace un contendiente que ha visto su propia sangre, que ha sentido crujir sus dientes tras el puño de su contrincante, que ha caído y ha sentido encima todo el peso de su adversario, cuyo cuerpo ha sido doblegado, pero no su espíritu; es ese el que de cada caída se levanta con más resolución. Por eso, siguiendo esta analogía, la fortuna a veces te ha tomado ventaja, pero no te has rendido; al contrario, te has parado y la has confrontado con más fuerza, ya que la valentía se incrementa cuando encuentra un desafío. No obstante, si estás de acuerdo, permíteme ofrecerte unas recomendaciones para fortalecer tu defensa.

Son más las cosas que nos atemorizan, Lucilio, que las que en realidad nos afectan, y con más frecuencia sufrimos por lo que imaginamos que por lo que en efecto nos pasa. No te lo estoy diciendo en sentido estoico, sino en un modo sosegado, porque es propio de nuestra doctrina hablar de aquello que arranca lágrimas y gemidos como asuntos sin importancia. Pero evitemos esas palabras altisonantes, aunque ¡por los cielos! sean ciertas. Lo que te quiero recomendar es que no seas infeliz an-

tes de que algo malo ocurra, pues esas cosas que temes como un peligro inminente tal vez nunca sucedan, y con seguridad todavía no han ocurrido.

Por tanto, algunas cosas nos preocupan más de lo que debieran; otras, antes de lo debido, y otras no deberían preocuparnos para nada. Nos acostumbramos a exagerar el dolor, a anticiparlo o a imaginarlo.

En cuanto al primero de estos tres puntos, aplacémoslo de momento ya que todavía está en discusión, por decirlo así. Algo que yo consideraría insignificante, tú podrías decir que es gravísimo; soy consciente de que hay quienes ríen mientras los azotan, y otros que lloriquean por una simple bofetada. Más adelante indagaremos si estas cosas tienen valor por su propia fuerza o por nuestra debilidad.

Te voy a pedir un favor: cuando quienes te rodean traten de convencerte de que eres infeliz, ten en cuenta lo que sientes, y no lo que oyes; consulta tu interior, y ya que nadie te conoce mejor que tú mismo, pregúntate: ¿qué razón hay para que estas personas me compadezcan?, ¿por qué les preocupa o incluso temen acercarse a mí, como si la desgracia fuera contagiosa?, ¿existe acaso maldad, o es la reputación peor que la realidad? Pregúntate: ¿estaré sufriendo y quejándome sin razón?, ¿estoy convirtiendo en malo algo que no lo es?

«¿Cómo saber —dices— si la causa de mi sufrimiento es real o imaginaria?». Y la regla para medirlo es esta: nos preocupa el presente o el futuro, o ambos al tiempo; pero en cuanto al presente, el juicio es fácil: si eres una persona que goza de libertad y de salud, si no te aqueja ninguna herida, entonces esperemos a ver lo que trae el futuro, porque en el presente no hay ningún problema.

«De todas formas, algo sucederá». Empieza por evaluar si tienes evidencia de que se aproxima algo malo, porque es muy

frecuente que nos angustiemos por algo que sólo sospechamos, y que seamos burlados por el rumor, que si es capaz de derribar ejércitos, con mayor razón, individuos. Sí, querido Lucilio, somos rápidos para adherir a lo que dice la gente. No buscamos evidencia para lo que nos causa miedo, no lo examinamos con detenimiento; retrocedemos y nos retiramos como los soldados que abandonan su campamento por la nube de polvo que levantó el ganado en estampida, o como quienes entran en pánico porque se riega un rumor infundado.

De alguna manera, nos perturban más los males ficticios. Los peligros reales tienen sus propios límites definidos, pero todo lo que llega de la incertidumbre nos empuja a un trabajo de imaginación con el permiso irresponsable de una mente asustada. Por eso nuestros miedos más perjudiciales e incontrolables son los irracionales; a otros miedos les falta fundamento; a estos, reflexión.

Miremos entonces los hechos con detenimiento. Es probable que se nos presenten algunos problemas, pero no es algo que esté ocurriendo en el momento. ¡Cuántas cosas inesperadas ocurren! ¡Cuántas de nuestras expectativas nunca se hacen realidad! Pero incluso aunque en realidad vaya a ocurrir algo, ¿qué beneficio trae anticipar un sufrimiento? No tardarás en sufrirlo cuando llegue; mientras tanto, permítete esperar lo mejor.

¿Qué ganas con esto? Tiempo. Mientras tanto, sucederán muchas cosas que pueden servir para posponer, o detener, o desviar hacia otra persona el mal que viene en camino. Hay fuego que abre una vía de escape, hay quienes han caído con suavidad de un derrumbe, a veces la espada ha retrocedido desde el mismo cuello de la víctima, hay condenados que han sobrevivido a su veredicto. Hasta la mala suerte es inestable. Quizás ocurra, quizás no; pero lo cierto es que no está sucediendo. Así que espera lo mejor.

A veces pasa que la mente, aunque no encuentre señales de que algo malo se avecina, crea sus propias imágenes de maldad; retuerce a su peor significado un término de interpretación ambigua, o supone que alguien está más ofendido que lo que realmente se siente, porque no considera qué tan enfadado está, sino lo que podría hacer si se enfada. Pero no vale la pena vivir y no hay límite para nuestras desgracias si permitimos que nuestros miedos crezcan en toda su extensión; en este sentido, acude a la prudencia, deja que la fortaleza mental desdeñe incluso el miedo más justificado. Si no es posible, entonces canjea una debilidad por otra y modera el miedo con la esperanza. Y aunque lo que nos cause temor sea cierto, no es tan cierto como que los miedos se desvanecen y las esperanzas nos traicionan.

En consecuencia, pon en una balanza tus miedos y tus esperanzas, y en caso de dudas, hazte el favor de confiar en lo que prefieras. Y si tu parecer se inclina hacia el miedo, de todas formas prefiere lo contrario, deja de atormentarte el alma, este es un reflejo de la mayoría de los seres humanos, que se afligen y se preocupan incluso cuando nada malo les pasa ni tienen certeza de qué les va a pasar más adelante. Porque una vez se coge impulso, nadie se detiene a pensar; nadie regula su miedo según la realidad. No hay nadie que diga: «Mi fuente no es confiable, es un tonto; o se lo inventó, o le creyó al que lo hizo». Dejamos que una brisa nos arrastre, tememos a una posibilidad como si fuera una realidad. No tenemos sentido de las proporciones: cualquier inquietud se transforma de inmediato en pánico.

Pero me avergüenza igual regañarte seriamente, o calmar-te con soluciones tan sutiles. Otro podría decirte, «tal vez no suceda», y tú decir, «y si sucede, ¿qué importa? Veamos quién tiene la razón. Tal vez me beneficie que ocurra y dicha muerte honrará mi vida». Fue la cicuta la que hizo especial a Sócrates;



quita su espada de la mano de Catón, defensor de la libertad, y le habrás quitado la mayor parte de su gloria.

Ya mi exhortación está muy larga, y tú necesitas más un recordatorio que una advertencia. El camino por el que quiero llevarte no es diferente al de tu propia naturaleza, naciste para esta doctrina que te muestro. Por tanto, con mayor razón debes aumentar y embellecer el bien que hay en ti.

Y ahora, paso a terminar mi carta con el sello que generalmente le pongo, es decir, con el compromiso de que te transmita un mensaje noble: «Entre otros defectos, la necedad tiene también el de siempre empezar a vivir». Piensa, mi muy estimado Lucilio, en el significado de este dicho, y verás qué desagradable resulta la inconstancia de la gente que cada día establece nuevas bases para la vida, que comienzan una nueva esperanza incluso a la hora de la muerte.

Busca en tu mente casos individuales: encontrarás a viejos que se preparan más que nunca para una carrera, un viaje, un negocio. Pero ¿qué hay más bajo que prepararse para empezar a vivir cuando ya eres viejo? No mencionaría al autor de esta frase si no fuera porque es una de las más desconocidas e inéditas de las sentencias de Epicuro, que me he permitido tanto elogiar como acoger.



## Sobre la filosofía y la felicidad

Estoy seguro, Lucilio, de que para ti es claro que nadie tiene una vida feliz, ni siquiera soportable, sin la búsqueda de la sabiduría; y también sabes que

tendremos una vida realmente feliz cuando alcancemos la sabiduría total, pero su simple estudio nos da al menos una vida soportable. Y esta realidad, aunque evidente, necesita ser fortalecida y fijada con mayor profundidad mediante la práctica diaria. Requiere más esfuerzo mantenernos en los propósitos nobles que nos hemos trazado, que concebir unos nuevos. Hay que perseverar y sumar fortaleza mediante el estudio constante hasta que las buenas intenciones se establezcan como excelencia de la mente.

Por tanto, no es necesario que uses muchas palabras ni largos discursos para convencerme; sé lo mucho que has progresado. Entiendo de dónde sale lo que escribes, sé que no lo has inventado ni falseado. De todas formas, te diré lo que pienso: tengo esperanzas puestas en ti, pero mi entera confianza todavía no. Y me gustaría que hicieras lo mismo; no te apresures a confiar en ti mismo sin tener antes una buena razón. Examínate, observa tu interior con detenimiento, mírate desde diferentes perspectivas y, ante todo, mira bien qué tanto has progresado en la filosofía y en la vida misma.

La filosofía no suele atraer mucho público ni se presta para ser exhibida. No está hecha de palabras, sino de acciones. Tampoco es algo que se use para ponerle al día algo de entretenimiento antes de que se acabe ni es un remedio contra el aburrimiento. Es lo que moldea y estructura la mente, le da orden a la vida, guía nuestra conducta, nos muestra lo que debemos hacer y lo que conviene evitar; se sienta al mando y dirige nuestro rumbo mientras nos debatimos entre incertidumbres.

Sin ella no hay vida que no esté llena de miedos y ansiedades. Cada hora nos ocurren innumerables sucesos para los que nos serviría un consejo, y este nos lo puede dar la filosofía.

Tal vez alguien diga: «¿De qué me sirve la filosofía si existe el destino?, ¿para qué usarla si es Dios quien gobierna el universo?, ¿en qué me ayuda si es el azar el que impera? Es imposible cambiar lo que ya está determinado, y no hay preparación válida para lo indeterminado; o Dios ya se anticipó a mis planes y decidió lo que debo hacer, o al destino le importa poco lo que yo haya decidido».

Puede ser, Lucilio, que haya algo de verdad en estas afirmaciones; de todas formas, debemos dedicarnos a la filosofía. Ya sea que las leyes inexorables del destino nos encadenen; o que Dios, juez universal, sea quien ordene todo; o que la suerte sea la que dirija y determine la vida de las personas; de cualquier forma, la filosofía debe ser nuestra defensa. Ella nos impulsará a dar a Dios una obediencia voluntaria, y a la fortuna una obediencia desafiante; nos enseñará a seguir a Dios y a tolerar el azar.

Pero mi intención no es discutir aquí qué es lo que nos gobierna, si nos domina la Providencia, si estamos encadenados a una sucesión de hechos predeterminados, o si somos gobernados por lo repentino e inesperado; quiero regresar a donde estaba, a mis consejos y advertencias para que no permitas que el empeño que has puesto en tu mente se debilite y se enfríe. Aférrate fuerte a él y afiánzalo, para que lo que ahora es un propósito se convierta en un hábito.

Si te conozco bien, sé que desde el inicio de esta carta has estado buscando qué obsequio he enviado para ti con ella. Examínala bien y lo verás. No tienes que maravillarte de mi generosidad, pues sólo he sido pródigo con la propiedad de otros. Pero ¿por qué digo «de otros»? Todo lo que está bien dicho por cualquiera me pertenece, como esto que dijo Epicuro: «Si



vives según la naturaleza, nunca serás pobre; si lo haces según la opinión, nunca serás rico».

Los requerimientos de la naturaleza son mínimos, los de la opinión son ilimitados. Supón que se te atribuye el patrimonio de muchos hombres ricos, imagina que la fortuna te lleva mucho más allá de los ingresos de cualquier individuo, que te cubres de oro, te vistes de púrpura y llegas a tal grado de lujo y abundancia que puedes cubrir de mármol toda la superficie de la tierra. Piensa en que no sólo posees riquezas, sino que las pisoteas. Súmale estatuas, pinturas, y cualquier forma de arte pensada para el lujo, y lo único que aprenderás de todas estas cosas es a ambicionar todavía más.

Los deseos de la naturaleza tienen un límite, pero los que nacen de opiniones falsas no encuentran cómo detenerse, ya que la falsedad es ilimitada. Si viajas por un camino llegarás a un destino, pero si vagas extraviado no existe un fin. Así que aléjate de la vanidad, y si quieres saber si lo que buscas está basado en un deseo natural o en uno ciego, piensa si se dirige hacia un punto en el que pueda parar. Si después de haber avanzado mucho encuentras que el punto de llegada sigue estando lejos, puedes estar seguro de que su condición es contraria a la naturaleza.

## Sobre las festividades y la pobreza

Es diciembre, y en la ciudad se suda como nunca. Se le ha dado licencia al desenfreno público. Las preparaciones resuenan por todas partes, como si existiera una diferencia real entre

un día de Saturnales y un día laboral cualquiera. Lo cierto es que la diferencia es nula, por eso tenía razón quien dijo que antes diciembre era un mes, ahora es todo un año.

Si estuvieras aquí conmigo me gustaría preguntarte cuál crees que debe ser el comportamiento apropiado: si seguimos haciendo nuestra vida cotidiana como siempre o si, para no desentonar con las costumbres del público, debemos cenar con más festejo y quitarnos la toga. Porque ahora los romanos nos cambiamos el vestuario para las celebraciones, algo que antes sólo ocurría cuando había desórdenes o crisis de Estado.

Si te conozco bien, creo que tomarías la posición intermedia; no querrías que fuéramos iguales a la multitud luciendo el píleo como gorro de fiesta, pero tampoco que fuéramos completamente diferentes a ellos; a menos que, tal vez, esta sea la época en la que debemos obligar a nuestra alma a ser la única que se priva de los placeres justo cuando todos los demás se abandonan a estos. Porque no hay demostración más firme de nuestra propia fortaleza como la de no buscar ni dejarnos arrastrar hacia aquellos lujos que nos atraen y nos seducen.

Es una muestra de gran valor permanecer sobrio cuando el resto de la gente está borracha y vomitando, pero demuestra aún más autocontrol dejarse arrastrar por lo que hace la multitud, pero de una forma diferente, de manera que no sobresalgamos, pero tampoco formemos parte de la masa. Podemos celebrar las fiestas sin excesos.

Sin embargo, he resuelto poner a prueba la verdadera firmeza de tu mente, por eso, tomando como ejemplo las enseñanzas de grandes hombres, te daré también un consejo: tómate un par de días en los que sólo tengas los alimentos más ordinarios y baratos y la ropa más áspera e incómoda, y pregúntate: «¿Esta es la condición que temía?».

Justo cuando la mente está libre de ansiedades es el momento de prepararse para la adversidad; justo cuando la fortuna nos favorece es cuando debemos anticiparnos a sus reveses. Los soldados se entrenan en tiempos de paz, construyen barricadas cuando no está el enemigo enfrente y se agotan haciendo esfuerzos sin necesidad a fin de tener la fuerza suficiente cuando estos sean requeridos. Si quieres que alguien no tiemble en momentos de crisis, prepáralo para esta antes de que se presente.

Esta es una práctica que realizan quienes cada mes hacen ejercicios de pobreza que llegan casi hasta la miseria, a fin de perder el temor a aquello que tan bien han aprendido.

Pero no supongas que me estoy refiriendo a las «cenas de Timón» o a las «celdas de pobreza», o a cualquier otra cosa que los lujosos se inventan para espantar el tedio de sus riquezas: tu catre debe ser de verdad, tu manto realmente áspero, y tu pan duro y mohoso. Resiste este ejercicio durante tres o cuatro días, algunas veces más, de manera que no se convierta en un juego, sino en una prueba. Te garantizo que luego, querido Lucilio, vas a saltar de entusiasmo al saciarte con comida que no valga más que unos centavos, porque entonces comprenderás que la tranquilidad no depende de la fortuna, ya que incluso cuando esté enojada nos dará lo necesario.

Ahora no vayas a pensar que estás haciendo algo extraordinario, simplemente haces lo mismo que miles de esclavos y miles de pobres cada día. Sólo date crédito por no tener que hacerlo por obligación, y por resultarte igual de fácil soportar

esta penuria siempre u ocasionalmente. Practiquemos nuestros golpes con un rival ficticio, familiaricémonos con la pobreza para que la fortuna no nos sorprenda fuera de guardia. Estaremos más tranquilos en la riqueza sabiendo que la pobreza no es tan agobiante.

Incluso Epicuro, el maestro de los placeres, solía escoger algunos días para apenas saciar su hambre; quería saber si faltaría algo para su disfrute pleno y máximo, y si así era, encontrar lo que faltaba sólo cuando el esfuerzo valía la pena. Esto lo afirmaba en una conocida carta que dirigió a Polieno durante el magisterio de Carino. De hecho, se preciaba de poderse alimentar con menos de una moneda de cobre, mientras que Metrodoro, mucho menos avanzado, necesitaba gastar la moneda entera.

¿Crees que alguien se puede saciar comiendo de esta manera? Sí, y hasta encontrar placer, no uno leve y pasajero de los que te hacen seguir repitiendo, sino uno estable y seguro. Porque, aunque el agua, la polenta y un pedazo de pan de cebada no son alimentos deliciosos, sí hay un enorme placer en ser capaz de deleitarse con comida de este tipo, y en haber reducido las necesidades propias a tal estado que ningún revés de la fortuna nos lo puede arrebatar.

Incluso las porciones en la cárcel son más generosas, y quienes van a ejecutar a los condenados a muerte no los alimentan tan mal. ¡Qué grandeza de espíritu tiene, entonces, quien voluntariamente se somete a privaciones que no padecen ni siquiera los peores condenados! Esta es una forma de restarle poder a la fortuna.

Comienza entonces, Lucilio, a seguir las costumbres de estos hombres, y tómate unos días para alejarte de tus ocupaciones y familiarizarte con la escasez, empieza a establecer una relación con la pobreza: *Atrévete, huésped mío, a menospreciar la abundancia, y moldéate para hacerte digno de Dios.*

Sólo es digno de Dios quien ha desdeñado la riqueza. Por supuesto que no te prohíbo que la tengas, pero me gustaría que la tuvieras sin temores, y esto lo logras si te convences de que puedes ser feliz sin ella, si la ves como algo que puede desaparecer en cualquier momento.

Ahora debo empezar a cerrar esta carta. «Antes —dices— paga tu deuda». Así que citaré a Epicuro y él pagará lo que debo: «La ira sin límites engendra la locura». Seguro sabes que hay verdad en estas palabras, pues has tenido esclavos y, además, enemigos. Este sentimiento se enciende contra todo tipo de personas, es causado igual por el amor que por el odio, y aparece tanto entre asuntos serios como entre juegos y bromas; no importa si la provocación ha sido grande o pequeña, importa sólo el tipo de alma de quien la siente. Pasa lo mismo que con el fuego, que no importa su tamaño, sino lo que está en su camino; si es algo sólido y metálico, no se verá afectado por grandes llamas, mientras que lo inflamable y seco se encenderá con sólo una chispa.

Eso es lo que pasa con la ira, querido Lucilio, el resultado de una ira desenfrenada es la locura; por tanto, es conveniente evitarla, no sólo por escapar de los excesos, sino sobre todo para preservar la salud mental.

## Sobre el esfuerzo personal por la virtud

«Siempre andas aconsejándome —me dices— pero ¿ya te has aconsejado a ti mismo?, ¿has corregido tus faltas, por eso tratas de mejorar a los demás?». No tengo el descaro de

ir ofreciendo curaciones cuando yo mismo estoy enfermo, lo que hago es discutir contigo sobre los mismos males que nos aquejan y los posibles remedios, como si convaleciéramos en el mismo pabellón. Escúchame, entonces, como si estuviera hablando conmigo mismo: te estoy dejando entrar en mi privacidad y me examino en tu presencia.

Así que me digo: «Cuenta tus años y sentirás vergüenza por tener los mismos deseos e intenciones que cuando eras niño. Hazte un favor antes de que llegue el día de tu muerte: que tus vicios mueran antes que tú. Aléjate de esos placeres turbulentos, por los que deberás pagar caro: no sólo son perjudiciales los que están por llegar, sino también los que ya pasaron. Igual que ocurre con un crimen, que aunque no nos descubran cometiéndolo, la angustia que nos causa no desaparece, así pasa con los placeres erróneos, el arrepentimiento no se desvanece. No son firmes, no son confiables; incluso aunque no hagan daño, escapan. En su lugar, busca un bien que permanezca, pero entiende que sólo vale el que el alma descubre por sí misma en su interior. Sólo la virtud logra una alegría duradera y estable, y aunque se le atraviese algún obstáculo, es igual que con las nubes, que pasan por debajo de la luz del sol, pero no alcanzan a vencerla».

¿Cuándo será el momento de alcanzar este disfrute? Es cierto que hasta ahora no has estado ocioso, pero tienes que acelerar el paso. Falta mucho por hacer, y es necesario que le dediques todo tu tiempo y todos tus esfuerzos si quieres lograrlo. Esta tarea no se puede delegar en nadie.

Hay otro tipo de obras que pueden realizarse en colaboración. Hubo en nuestra época un hombre rico llamado Calvisio Sabino, que tenía el patrimonio y el cerebro de un liberto. Jamás he visto a alguien tan vulgar con tal fortuna. Su memoria era tan mala que con frecuencia olvidaba nombres como el de Ulises, el de Aquiles o el de Príamo, nombres que para él eran tan conocidos como lo son para nosotros los de nuestros maestros. Ni el esclavo anciano a cargo de recordar nombres, que no lograba dar con los correctos, así que se los inventaba, cometía tantos errores con los nombres de los líderes de las tribus como lo hacía Sabino con los héroes troyanos y aqueos; y, sin embargo, quería hacerse pasar por erudito. Así que se ideó este atajo para aprender: pagó un alto precio por esclavos; uno que supiera de memoria a Homero, otro a Hesíodo y nueve más para cada uno de los poetas líricos. No es de extrañar que el precio fuera escandaloso, pues no los encontró ya con el conocimiento, sino que pagó para que fueran enseñados. Luego de armar esta comitiva, empezó a importunar a sus invitados; se sentaba con los esclavos a sus pies y les pedía versos que pudiera repetir, pero con frecuencia se tenía que interrumpir en mitad de una frase.

Satilio Cuadrato, un parásito de ricos insensatos, y que los adulaba en igual forma que se burlaba de ellos (estas características suelen ir juntas), le sugirió a Sabino que tuviera también gramáticos entre su servidumbre; cuando este le contestó que cada esclavo le costaba cien mil sestercios, Satilio le respondió: «Por menos dinero habrías podido comprar igual cantidad de manuscritos», pero Sabino estaba convencido de que los conocimientos que tuviera cualquiera en su hogar eran también sus propios conocimientos. También Satilio empezó a animarlo para que se dedicara a la lucha, pero siendo pálido, delgado y débil, este le preguntó: «¿Cómo podría? A duras penas me

mantengo en pie». «No digas eso, por favor —respondió el otro— ¿no ves cuántos esclavos perfectamente saludables posees?». El buen sentido no se puede prestar ni comprar, y si estuviera en venta, no habría quien lo pagase. La insensatez, en cambio, cada día encuentra compradores.

Pero déjame pagar mi deuda, y así me despido: «La pobreza que se ajusta a las limitaciones de la naturaleza constituye una riqueza». Epicuro dice esto muchas veces, de una u otra manera, pero nunca se repite demasiado algo que no se ha aprendido del todo bien. Para algunos es suficiente con dejarles ver los remedios, para otros es necesario forzarlos a tomarlos.





## Sobre los viajes y la insatisfacción

¿Crees que eres el único que ha tenido esta experiencia?, ¿te sorprende darte cuenta, y te parece novedoso, que tras un viaje tan largo y por tantos lugares no hayas logrado liberar tu espíritu de la pesadez y la oscuridad que lo aquejan? Necesitas un cambio de alma, no de clima. Aunque cruces el mar, aunque, como dice Virgilio, «los pueblos y las tierras quedan atrás», tus vicios te seguirán a donde quiera que viajes.

Esto le respondió Sócrates a uno que se quejaba de lo mismo que tú: «¿Por qué te sorprende que viajar no te haga ningún bien, si eres tú mismo a quien sigues llevando de un lado para otro? La misma causa que pesa en tu mente es la que te hace alejarte de casa». ¿Qué alivio vas a encontrar en visitar nuevos lugares, en conocer otras ciudades y países? Todo ese ajeteo es inútil. ¿Quieres que te diga por qué estos viajes no te reconfortan? Porque escapaste contigo mismo. Debes dejar atrás el peso de tu alma; hasta que no lo hagas, ningún lugar te resultará agradable.

Piensa, tu estado se parece al de la profetisa que Virgilio describe, cuando está agitada y enloquecida, recibiendo una inspiración que no es suya: «La profetisa se exalta, trata de expulsar al gran dios de su corazón».

Vas de un lugar a otro tratando de sacudirte el peso que te abrumba, pero precisamente el movimiento lo hace más molesto; pasa igual que con la carga de los barcos, que cuando se almacena apropiadamente no presenta ningún problema, pero si se deja suelta, inclina la embarcación hacia el lado que se desliza. Cualquier cosa que hagas es en tu propia contra, y hasta el movimiento te lastima, porque estás sacudiendo a un enfermo.

Pero una vez te deshagas de ese mal, todo cambio de sitio te resultará placentero; así se trate del rincón más apartado del mundo, o un punto cualquiera en una tierra salvaje, encontrarás que cualquier lugar será acogedor. A donde vas importa menos que la persona que eres cuando vas. Debemos vivir con esta convicción: «No he nacido para un rincón de la tierra, el mundo entero es mi patria».

Si tuvieras esto claro, no te sorprenderías al darte cuenta de que no encuentras agrado en ningún lugar al que llegas cansado de los anteriores en los que has estado; si creyeras que cada lugar es tuyo, estarías complacido desde el primero al que vas. En este momento, más que viajando, andas divagando, errante, cambias un sitio por otro, cuando lo que en realidad buscas, es decir, el buen vivir, lo encuentras en todas partes.

¿Existe un lugar con más agitación que el foro? Pero incluso ahí, si es necesario, es posible vivir de manera apacible. Aunque también es cierto que, si podemos escoger, es preferible vivir en un vecindario que ni siquiera tenga vista hacia el foro, ya que así como algunos lugares malsanos pueden afectar una salud robusta, una mente buena, pero todavía en recuperación y que no se ha perfeccionado, puede verse afectada por algunos sitios no saludables.

Disiento de aquellos que se lanzan en medio de las olas y deciden tener una vida agitada y luchar cada día contra las dificultades. El hombre sabio podrá soportarlo, pero no escogerlo; este prefiere una existencia pacífica sobre una vida luchada. No es de mucha ayuda haber erradicado los vicios propios si luego hay que enfrentar a los ajenos. Alguien dice: «Treinta tiranos rodearon a Sócrates y no pudieron debilitar su espíritu», pero ¿qué importa cuántos señores tenga un hombre?, la esclavitud es una sola, y aquel que la desprecia es libre, sin importar la cantidad de opresores que la manejen.

Ya es hora de terminar, pero antes debo pagarte mi tarifa: «Reconocer lo incorrecto es el comienzo de la salvación». Esta frase de Epicuro me parece admirable, ya que quien no sabe que actúa mal no quiere ser corregido; debes ser consciente de tu falta para poder enmendarla.

Hay quienes se enorgullecen de sus vicios, ¿crees que piensa en reformarse alguien que cuenta sus faltas como si fueran virtudes? Por tanto, cuando te sea posible, demuestra tu culpabilidad, presenta cargos contra ti mismo, asume primero el oficio de acusador, después el de juez, y al final el de defensor. Y condénate de vez en cuando.



## Sobre el recordar y el saber

Me pides que cierre estas cartas, como las anteriores, con citas de nuestros maestros. Pero ellos no se ocuparon de trivialidades en sus discursos, toda su obra es vigorosa. La desigualdad aparece, ya sabes, cuando algo se destaca sobre su entorno; un árbol que crece a la misma altura que el resto del bosque no llama la atención de nadie.

La poesía está repleta de sentencias de este tipo, igual que los textos de historia. Por eso no quiero que pienses que le pertenecen a Epicuro: son propiedad pública, en particular de nuestra escuela, pero en él son más notables porque aparecen de manera esporádica, porque son inesperadas, y porque sorprende que palabras tan vitales hayan sido dichas por un hombre que se dedicó a una vida demasiado cómoda y placentera. Eso es lo que la mayoría piensa de él; para mí, sin embargo, Epicuro es un hombre fuerte, aunque su túnica tenga mangas largas. La fortaleza, la energía y la disposición para la batalla se encuentran por igual entre los persas como entre los pueblos de vestiduras ceñidas.

Por lo tanto, no debes exigir extractos y citas; las frases que son excepcionales en otros autores abundan en los escritos de nuestra escuela. Por eso nosotros no tenemos mercancía para atraer compradores, ni se van a decepcionar luego de entrar en la tienda porque no encuentran nada más que lo que hay en la vitrina. Nosotros les permitimos extraer muestras de cualquier parte del texto que prefieran.

Supón que queremos separar algunas frases del resto del conjunto; ¿a quién se las atribuimos?, ¿a Zenón, a Cleanro, a Crisipo, a Panecio o a Posidonio? Los estoicos no somos súbditos de ningún déspota: cada uno reclama sus propios derechos. Para los epicúreos, en cambio, todo cuanto haya dicho

Hermarco o Metrodoro se atribuye a un solo individuo; en esa hermandad, todo lo expresado por alguno fue bajo el liderazgo y la orientación de un solo maestro. Como te digo, nosotros no podríamos, aunque lo intentáramos, extraer sólo uno de la gran cantidad de recursos que tenemos, todos igual de buenos. «Sólo el pobre cuenta su rebaño».

A donde sea que mires vas a leer algo que se destacaría del resto si lo demás no fuera igual de bueno, por tanto, abandona la esperanza de degustar apenas extractos de la sabiduría de los grandes hombres; es necesario que los estudies en su totalidad, que los asimiles en su totalidad. Cada tema lo tratan a través de unas líneas que les son propias y así construyen una obra intelectual de la que nada puede ser extraído sin que colapse. Aun así, no tengo objeción en que los estudies uno a uno, con la condición de que los consideres como una unidad. Una mujer no es bella porque sus tobillos o su brazo reciban halagos, sino porque su figura general hace olvidar la admiración por un miembro determinado.

Si insistes, sin embargo, no seré avaro contigo, te serviré a manos llenas; existe gran cantidad de frases para lo que sea, y no hay necesidad de coleccionarlas, sólo hay que escogerlas, y no aparecen ocasionalmente, sino que fluyen con continuidad, siempre interconectadas. Sin duda, son de gran beneficio para quienes apenas se inician o para los que escuchan afuera de la escuela, ya que las máximas simples se asimilan mejor cuando están aisladas y siguen la estructura de un verso.

Es por eso que a los niños les enseñamos proverbios para que memoricen, o frases que los griegos llaman «chrías», algo que puede asimilar su mente infantil, que todavía no tiene capacidad para cosas mayores. Entonces es vergonzoso para un hombre que ya ha progresado bastante sustentarse en frases escogidas ya muy conocidas y depender de su memoria, pues ya

debería defenderse por sí mismo. Debería decir sus propias palabras, en lugar de repetir las que ha memorizado; es una desgracia que una persona mayor, o que se acerca a la ancianidad, obtenga su conocimiento de cosas aprendidas de memoria. «Esto lo dijo Zenón», ¿y tú qué has dicho? «Esta es la opinión de Cleantes», ¿y cuál es la tuya? ¿Cuándo vas a dejar de decir lo que otros dicen? Hazte cargo y pronuncia unas palabras que la posteridad recuerde, aporta algo de tu propia cosecha.

Por eso sostengo que este tipo de hombres que nunca son autores, siempre intérpretes, que se ocultan bajo la sombra de otros no tienen ninguna nobleza, pues nunca ponen en práctica aquello que se han dedicado tanto tiempo a aprender. Han ejercitado su memoria con el saber de otros, pero una cosa es recordar y otra saber. Recordar es salvaguardar una enseñanza que se ha encomendado a la memoria, mientras que saber es apropiarse de la enseñanza, sin tener que volver al ejemplo ni buscar la mirada del maestro.

«Esto lo dijo Zenón, esto Cleantes». Permítete ser diferente al libro. ¿Cuánto tiempo seguirás aprendiendo? Ya es hora de que enseñes. ¿Por qué voy a querer escuchar cosas que puedo leer? «Pero es importante hablar en voz alta», me dices. Tal vez sí, pero no cuando quien habla sólo está tomando palabras prestadas de otro, como haría un escribano.

Ten en cuenta además que esos hombres que nunca logran su independencia mental, primero, siguen a su tutor en asuntos que todo el mundo ya ha descartado, y, segundo, lo siguen en temas que aún se están investigando. Ningún hallazgo se haría si nos contentáramos con lo que ya está encontrado. Por otra parte, quien sigue a otro nunca encuentra nada; de hecho, ni siquiera busca algo.

¿Entonces qué?, ¿no debo seguir los pasos de mis predecesores? Claro que seguiré el viejo camino, pero si encuentro uno

más corto y más fácil, abriré esa nueva ruta. Esos hombres que descubrieron cosas antes que nosotros no son nuestros amos, son nuestros guías. La verdad sigue a disposición de todos, nadie se ha apoderado de ella. Mucho ha sido dejado para ser descubierto en la posteridad.

## Sobre el valor de las cosas

Ya te convenció tu amigo de que es un hombre bueno, ¿no es así? Pero es imposible en tan corto tiempo hacerse un buen hombre y probarse así. ¿Sabes a

qué tipo de persona me refiero cuando digo un buen hombre? A uno de segunda categoría, como tu amigo, porque de los otros llegan a existir, si acaso, cada quinientos años, como el fénix. Y no sorprende para nada que la grandeza se dé sólo a grandes intervalos; la fortuna le da vida con alta frecuencia a lo ordinario, a lo que está hecho para complacer a las masas; mientras que lo excepcional es escaso y eso mismo le da su valor.

La persona de la que hablas, sin embargo, está lejos del estado que declara haber alcanzado. Si supiera lo que significa ser un hombre bueno, no creería que ya lo es; de hecho, dudaría de algún día convertirse en uno. «Pero él desprecia a los malvados»; sí, pero lo mismo hacen los malvados, y no hay peor pena para la maldad que la de ser despreciada por sí misma y por sus allegados.

«Pero él odia a quienes abusan de un poder que reciben de forma repentina». Sí, pero él hará lo mismo cuando reciba el mismo poder. Para muchos hombres, sus defectos pasan desapercibidos sólo porque ellos no son poderosos, pero tan pronto adquieren confianza en su fortaleza, sus vicios se hacen tan atrevidos como los de aquellos que ya gozan de prosperidad. Sólo les faltan los medios para desplegar su maldad en toda su extensión.

Es seguro pasar la mano sobre una serpiente venenosa cuando está rígida por el frío; no es que le falte veneno, sólo que está inactiva. En el caso de muchos hombres sólo hace falta un giro de la fortuna para que su crueldad, ambición y desenfreno igualen los casos más perversos. Que sus deseos son los mismos

lo puedes descubrir fácilmente de esta manera: dales el poder de hacer lo que desean.

¿Recuerdas esa vez que me dijiste de cierta persona que la tenías bajo tu influencia, y yo te respondí que me parecía alguien voluble e inestable y que no lo tenías agarrado de un pie sino de un ala? Estaba equivocado; era de una pluma, que dejó en tu mano y escapó. ¿Sabes cuántos trucos te jugó después, cuántas vueltas y giros intentó, que luego se devolvieron contra él mismo? No se daba cuenta de que al poner en peligro a otros él también corría el mismo riesgo; no era consciente de las implicaciones que traía lo que estaba empeñado en lograr, aunque su objetivo no fuera algo superfluo.

Por lo tanto, en relación con las cosas hacia las que aspiramos, a las que les dedicamos tanto esfuerzo, debemos darnos cuenta de que, o no son tan deseables, o lo que tienen de indeseables es incluso más relevante: ya sea porque son superfluas, ya porque no valen el esfuerzo. A veces no tenemos esto claro y algunas cosas que nos parecen gratuitas en realidad nos cuestan un alto precio. Y esto es algo que pone en evidencia nuestra estupidez: pensamos que comprar se refiere sólo a los objetos por los que pagamos con dinero, y consideramos gratuitos aquellos a los que nos entregamos como personas. Rehusamos a comprar algo por lo que tendríamos que pagar con nuestra casa o con un terreno productivo y agradable, pero estamos dispuestos a obtenerlo a costa de ansiedades, peligros, pérdida del honor, de la libertad personal o de tiempo; así pues, nada consideramos más barato que nosotros mismos.

Actuemos entonces en todas nuestras situaciones y decisiones como lo haríamos en el mercado cuando un vendedor tiene algo que realmente deseamos: veamos cuánto cuesta nuestro antojo. Con frecuencia las cosas que no tienen un precio nos cuestan más; puedo mostrarte muchas posesiones que nos han

costado la libertad desde el momento en el que las adquirimos. Si esas cosas no nos pertenecieran, podríamos pertenecernos a nosotros mismos.

Reflexiona, pues, sobre estas ideas, y no sólo cuando ganes algo, también cuando lo pierdas. «Este objeto no lo veré más». Sí, pero es algo accesorio, vivirás sin eso tan fácilmente como lo hacías antes. Si lo tuviste por mucho tiempo, lo pierdes cuando ya fue suficiente; si lo tuviste por poco tiempo, lo pierdes antes de que te acostumbres a él. «No tendré tanto dinero»; sí, y tampoco tantos problemas. «Tendré menos prestigio»; sí, y también menos resentimientos hacia ti.

Dale una mirada a todas esas cosas que nos enloquecen y que perdemos en medio de un mar de lágrimas; verás que no es su ausencia lo que nos aqueja, sino la noción de su ausencia. Pensamos que ha habido una pérdida, pero nadie realmente siente esa pérdida. Aquel que se tiene a sí mismo nada pierde, pero pocos hombres logran tenerse a sí mismos.







## Sobre vivir de cara al público

¿Te preguntas cómo me enteré?, ¿cómo supe que tuviste esta idea de la que no habías hablado con nadie? Pues me lo contó quien sabe casi todas

las cosas: el chisme. «¿Acaso —dices— tengo yo suficiente importancia como para alimentar un chisme?». No te midas de acuerdo con la ciudad en la que estoy, hazlo según el lugar donde vives. Todo lo que sobresalga de lo que lo rodea es grande dentro de su entorno, pues la grandeza no es un valor absoluto; la comparación la eleva o la rebaja. Una embarcación que parece enorme en un río se ve diminuta cuando llega al mar; el mismo timón puede resultar grande para un barco y pequeño para otro.

Así que tú ahora, en tu provincia, eres importante, no importa que tú no lo aprecies. La gente pregunta qué haces, lo que comes, cómo duermes; y lo averigua; razón suficiente para ser cauteloso. Sin embargo, no te puedes considerar afortunado sino cuando puedes vivir de cara al público, cuando las paredes que te rodean están para protegerte, no para esconderte; porque tendemos a creer que los muros existen no para vivir con mayor seguridad, sino para ocultar más secretos.

Te diré un hecho que sirve para medir el valor moral de las personas: es difícil encontrar a alguien que viva con las puertas abiertas. No es nuestra ostentación, sino nuestra culpa, la que nos hace poner un portero en la entrada; vivimos de una manera que nos hace pensar que quedar expuestos a la vista equivale a ser capturados en flagrancia. Sin embargo, ¿en qué nos beneficia escondernos y que no seamos vistos o escuchados?

Una conciencia limpia se abre al público, una sucia se angustia y se perturba incluso cuando está sola. Si tus actos son

honorables, que los sepa todo el mundo; si son vergonzosos, ¿qué importa que nadie los conozca, si de todas formas tú lo sabes? ¡Pobre de ti si menosprecias tal testigo!

## Sobre filosofía y nobleza

Otra vez me estás diciendo que eres insignificante. Me dices que has tenido una asignación mínima, primero de la naturaleza y luego de la fortuna, a pesar de que está en tu poder distanciarte de las masas y elevarte hasta la cumbre de la felicidad humana. Si algo bueno tiene la filosofía, es esto: no le interesa la genealogía. Si rastreamos el linaje de cada persona hasta sus orígenes, toda la humanidad procede de los dioses.

Tú eres un caballero romano, y tu persistencia en el trabajo te ha llevado a este rango, pero ¡por los cielos!, para muchos esas catorce filas son inalcanzables; la Cámara del Senado no está abierta a todos, y hasta el ejército tiene escrúpulos para escoger a los hombres que destina al trabajo y al riesgo. Por su parte, la sabiduría está al alcance de todos, y en ese sentido, todos somos de origen noble. La filosofía ni excluye ni elige a nadie, es una luz que brilla para todos.

Sócrates no era un patricio, Cleantes cargaba agua y ofrecía sus servicios para regar los jardines de otros, Platón no llegó a la filosofía siendo noble, sino que esta lo ennobleció. ¿Por qué tendrías que impacientarte por convertirte en uno de estos hombres? Todos son tus ancestros mientras demuestres ser digno de ellos, y lo conseguirás cuando te convenzas de que nadie es superior a ti sólo por tener una cuna noble.

Todos tenemos el mismo número de ancestros; no hay nadie cuyos orígenes no trasciendan la memoria. Decía Platón que todo rey venía de una raza de esclavos y todo esclavo tenía un rey entre sus ancestros. El paso del tiempo, con sus vicisitudes, ha rebujado todas estas cosas juntas y la fortuna las ha puesto boca abajo.

¿Quién, entonces, es noble? Aquel a quien la naturaleza le ha dado disposición para la virtud. Es lo único a lo que hay que

mirar. Si te remites a la antigüedad, todo el mundo llega a una fecha antes de la cual no hay nada. Desde el comienzo de los tiempos hasta nuestros días, la historia de la humanidad ha alternado entre generaciones ilustres y humildes. Un atrio lleno de bustos ennegrecidos no hace noble a nadie; nadie vivió su vida sólo para darnos gloria a nosotros, y lo que existió antes de nosotros no es nuestro. Sólo el alma nos concede nobleza, ya que tiene licencia, independiente de su estado, para pasar por encima de los caprichos de la fortuna.

Imagina ahora que no eres un caballero romano sino un esclavo liberado; de todas maneras puedes ser, por tu propio esfuerzo, el único hombre libre entre los nacidos libres. «¿Cómo?», preguntas. Haciendo tu propia distinción entre lo bueno y lo malo, sin guiarte por la opinión popular. No debes mirar la fuente desde la que se originan estas cosas, sino el objetivo hacia el cual se dirigen. Si algo tiene la capacidad de hacer tu vida feliz, entonces esa cosa es buena por mérito propio, pues no se puede convertir en algo malo.

¿Dónde nos equivocamos, entonces, si todos buscamos una vida feliz? En tomar los medios para conseguir la felicidad como si fueran la felicidad misma, y mientras se busca, en realidad se alejan de ella. Un punto clave de una vida feliz es la confianza absoluta y la seguridad inquebrantable de encontrarse en ese estado; pero en su lugar, acumulan motivos para preocuparse y llevan, o, mejor, arrastran esa carga por los inciertos caminos de la vida, de esta manera se alejan más y más del logro que quieren alcanzar, y entre más se esfuerzan, mayores son los obstáculos que se ponen. Es lo que ocurre cuando te apresuras en un laberinto: entre más rápido vas, más te pierdes.

## Sobre el trato a los esclavos

Me da gusto saber, a través de aquellos que han estado donde tú vives, que tienes un trato amigable con tus esclavos.

Esto refleja el hombre sensato y bien educado que eres. «Son esclavos», dice la gente. No, son seres humanos. «Son esclavos», no; vivimos en la misma casa. «Son esclavos», no; son amistades sin pretensiones. «Son esclavos», no; son compañeros de esclavitud, si tenemos en cuenta que la fortuna tiene la misma jurisdicción sobre ellos que sobre nosotros.

Por esa razón me río de aquellos que piensan que se degrada un hombre que cena con su esclavo. ¿Y por qué piensan que es degradante? Porque una de las tradiciones más arrogantes es que el señor se siente a cenar con un grupo de esclavos que permanece de pie alrededor suyo. El amo come más de lo que le cabe, y con monstruosa avaricia carga su estómago hasta que lo dilata de forma que no puede seguir cumpliendo sus funciones, y resulta poniendo más esfuerzo en vomitar del que puso en ingerir. Durante todo este tiempo, los pobres esclavos no pueden mover sus labios, ni siquiera para hablar, el menor murmullo se reprime con la vara, ni un sonido fortuito, como estornudo, tos o hipo, está exento del azote, y si el silencio se rompe por algún sonido de la voz, el precio que pagan es un terrible castigo. Toda la noche deben permanecer de pie, mudos y hambrientos.

El resultado es que estos esclavos que no pueden hablar en presencia de su señor están más que dispuestos a hablar mal de él a sus espaldas. Pero en los viejos tiempos, los esclavos no sólo podían hablar delante de su amo, sino que incluso se sentaban a conversar con él, no les cosían los labios; estos eran capaces de arriesgar el cuello por su amo, y desviar hacia su propia

cabeza cualquier peligro que lo amenazara. Hablaban en los banquetes, pero callaban en la tortura.

A raíz de la arrogancia en el trato empezó a circular el dicho: «Tienes tantos enemigos como esclavos tengas». No son enemigos cuando los adquirimos; los convertimos en enemigos. Es difícil hacer una lista de todos los tratos crueles e inhumanos que sufren, más que como hombres, como animales de carga. Cuando nos acostamos después de la cena, hay uno que limpia las escupas de comida y otro se agacha bajo la mesa para recoger los restos de los invitados borrachos.

Hay otro que trincha las aves costosas: con trazos precisos y una mano diestra corta pedazos selectos de la rabadilla y la pechuga. Pobre infeliz, que vive sólo para porcionar aves de forma perfecta. Sería el más desgraciado si no hubiera otro peor, que es el que enseña por placer lo que este aprende por necesidad.

Otro, el que sirve las bebidas, debe vestirse como mujer y está en conflicto con su edad: no puede salir de su infancia y se le obliga a regresar a ella; aunque tiene ya la figura de un soldado, sus mejillas permanecen sin barba, todo vello facial es afeitado o depilado. Y está en servicio toda la noche, el primer turno dedicado a la embriaguez de su amo, el segundo a su lujuria, ya que sólo es un mozo en la fiesta, pero un hombre de compañía en la habitación.

A otro se le encomienda la valoración de los invitados. Es esta infeliz tarea de pararse a observar quiénes han sido halagadores y quiénes no han podido controlar su glotonería o apaciguar su lengua, para ser invitados al día siguiente. Piensa también en los desgraciados que tienen que seleccionar los alimentos, que tienen bien afinada la percepción de los gustos del amo, cuáles comidas estimulan su paladar, cuáles complacen su mirada, cuáles alimentos, a pesar de ser nuevos para él, llamarán su atención, cuáles le repugnan después de saciarse, cuál

preferirá ese día. Este es el tipo de esclavos con los que el amo no soporta cenar, piensa que es inferior a su dignidad sentarse en la misma mesa con su esclavo, ¡líbreme el cielo!, ¡a cuántos de esos esclavos los tiene por señores!

Una vez, frente a la puerta de Calixto, vi esperar en la fila a quien había sido su antiguo amo. El mismo que lo puso en venta, que lo subastó junto con otros esclavos depreciados, era rechazado en la entrada mientras que otros eran admitidos. Así le pagó el esclavo por haber sido puesto en el primer lote, ese con el que el subastador calienta la voz. Los puestos se han invertido: ahora es el turno de Calixto de poner en la lista quién no es digno de entrar en su casa. El amo vendió a Calixto, pero ¡cuánto le ha hecho pagar este!

Trata de no olvidar nunca que aquel a quien llamas tu esclavo nació de la misma semilla que tú, disfrutan del mismo cielo y, en iguales condiciones que tú, respira, vive y muere. Es posible que lo veas como hombre libre, y que a su vez él te vea esclavizado. En tiempos del desastre de Varo, muchos hombres de cuna ilustre que daban su primer paso hacia la carrera senatorial con su servicio militar fueron traicionados por la fortuna; a uno lo hizo pastor, a otro cuidador de una cabaña campestre. Desprecia, si te atreves, a alguien por su infortunio, aunque tú puedes caer en el mismo mientras lo desprecias.

No quiero dejarme llevar con un discurso demasiado largo sobre nuestro comportamiento con los esclavos, a quienes, de hecho, tratamos de forma altanera, cruel e injusta, pero todos mis consejos se pueden resumir en esto: trata a tus subalternos como te gustaría ser tratado por tus superiores. Tan pronto como pienses en el poder que tienes sobre tu esclavo, recuerda también que tu dueño tiene sobre ti el mismo poder. «Pero yo no tengo dueño», me dices. Todavía eres joven, tal vez un día lo tengas. ¿No sabes qué edad tenía Hécuba cuando fue esclaviza-

da?, ¿cuántos años tenían Creso, o la madre de Darío, o Platón y Diógenes?

Relaciónate con tu esclavo de manera amable, incluso amigable, e inclúyelo en tus conversaciones, tus planes, tus comidas. En este punto, toda una corte de sibaritas gritará en mi contra: «¡No hay nada más bajo, nada más humillante!». A esos mismos los veré besando la mano de esclavos ajenos.

¿Es que acaso no saben lo que hicieron nuestros ancestros para eliminar todo resentimiento hacia los amos y toda injusticia hacia los esclavos? Le dieron el nombre de «padre de familia» al dueño y el de «miembros de la familia» a los esclavos, costumbre que todavía permanece. Establecieron una festividad en la cual dueños y esclavos deben comer juntos; no para que sea el único día en que lo hagan, sino para obligar a que al menos haya un día. Les permitieron a los esclavos lograr honores y emitir juicios dentro de la casa; sostenían que el hogar era una república en miniatura.

«¿Entonces qué dices?, ¿debo sentar a todos mis esclavos en mi mesa?». No; no más de lo que debes invitar a todos los hombres libres a ella. Pero te equivocas si piensas que voy a excluir a alguno de mi mesa sobre la base de la tarea que desempeñan, como el encargado de las caballerizas, o el que reúne el ganado. Mi propuesta es que los evalúes según su personalidad y no según su oficio; la personalidad es algo que construye cada hombre, los oficios son asignados por el azar. Deja cenar a unos contigo porque se merecen esa distinción, y a otros para que se hagan merecedores de ella. Porque si hay algún rasgo servil en ellos como resultado de su convivencia con las clases más bajas, desaparecerá por la interacción con hombres gentiles.

No necesitas, querido Lucilio, buscar amigos sólo en el foro o en el Senado; si miras con atención, los encontrarás en tu propio hogar. A veces pasa que un buen material es inutilizado

a la espera de un artista; inténtalo y lo verás. Así de tonto como sería ir a comprar un caballo y no examinar al animal, sino sólo la montura y la rienda; es doblemente tonto valorar a un hombre por su vestido y su ocupación; y es la ocupación sólo un vestido más que nos rodea.

«Es un esclavo», pero su alma, tal vez, es la de un hombre libre; «es un esclavo», ¿y esto perjudica sus posibilidades? Muéstrame un hombre que no sea un esclavo; uno es de la lujuria, otro de la avaricia, un tercero de la ambición; y todos los hombres son esclavos de la esperanza, todos esclavos del miedo. Te puedo nombrar a un excónsul que es esclavo de una viejita, a un millonario que es esclavo de una sirvienta, te mostraré jóvenes nobles avasallados por bailarines de pantomima. No hay esclavitud más vergonzosa que la voluntaria.

Por tanto, no permitas que esa gente melindrosa te impida mostrarte ante tus esclavos como una persona amigable y, aunque superior, sin arrogancia. Es mejor que te respeten y no que te teman. Hay quienes dirán que estoy incitando a la emancipación y a que los esclavos derriben a los amos de sus posiciones superiores, sólo porque digo: «que te respeten y que no te teman». «¿Qué es esto?», dicen. «¿Deben respetarte como clientes, como los que van a saludarte?». Quienes sostienen esto olvidan que si algo es suficiente para un dios, no puede ser poco para un amo. Quien es respetado es también amado, y el amor y el miedo no van juntos. Por eso creo que haces lo correcto cuando prefieres que tus esclavos no te teman y cuando los corriges sólo con palabras; el látigo es sólo para animales que no entienden.

No todo lo que nos ofende nos hace daño; pero nuestros excesos nos ponen frenéticos y nos enfurecemos cuando cualquier pequeñez no se ajusta a nuestros caprichos. Nos comportamos como tiranos, porque ellos, también, olvidan su propio poder

y la debilidad de los otros, estallan en ira como si hubieran recibido una injuria, cuando en realidad están protegidos contra tal riesgo por la magnitud de su posición. Y aunque son bien conscientes de este hecho, su mezquindad los lleva a aprovechar cualquier oportunidad para hacer daño. Insisten en que han recibido daño para poder maltratar a otro.

No quiero demorarte más, ya que no necesitas consejo. Esta, entre otras, es una señal de buen carácter: que tiene su propio criterio y se acoge a él; el mal carácter es inestable y cambia con frecuencia, no para mejorar, sino sólo por cambiar.





## Sobre justificaciones para el suicidio

Después de mucho tiempo he vuelto a ver a tu amada Pompeya. Volví a verme en mis años de juventud. Me dio la impresión de que podía volver a hacer —o de que no había pasado

mucho tiempo desde que las hice— las mismas cosas que en mi juventud. Hemos navegado por la vida, Lucilio, y estando en el mar, como dice nuestro poeta Virgilio, «las tierras y los pueblos se quedan atrás»; de igual manera, en este viaje nuestro por la vida, que pasa a gran velocidad, vamos dejando tras el horizonte primero nuestra infancia, luego la juventud, más adelante ese largo espacio que va de la adultez temprana a la madurez y, a continuación, los mejores años de nuestra vejez. Y para terminar empezamos a vislumbrar ese final compartido de la raza humana.

Necios que somos, pensamos que este final es una roca peligrosa, cuando en realidad es un puerto al que en algún momento debemos dirigirnos y del que nunca debemos rehuir; y quienes han llegado en sus primeros años a este puerto no tiene más derecho a quejarse que el marino que ha hecho su viaje muy rápido, porque, como sabes, un viento suave puede retrasar a un viajero jugando con él mientras lo agota el aburrimiento por una calma completamente lenta; a la vez que otro puede llegar pronto a casa gracias a un vendaval ingobernable. Lo mismo ocurre con nosotros, piénsalo: la vida lleva a algunos a ese puerto final muy rápido, aunque ellos hayan ido lento; mientras que a otros los ha debilitado y apurado.

Como bien sabes, no hay que aferrarse siempre a un tipo de vida, pues no hay ningún bien en simplemente vivir, sino en vivir bien. Por eso, el hombre sabio vivirá tanto como deba, no tanto como pueda. Este tiene en cuenta en dónde, con quién

y cómo llevar su existencia, así como lo que hace. Sus preocupaciones sobre su vida se centran en la calidad y no en la cantidad. Tan pronto como llegan a su vida muchos problemas que perturben su paz mental, él desiste. Y no acude a este privilegio sólo en tiempos de crisis; en cuanto empieza a dudar de su fortuna, hace una evaluación cuidadosa de si es ese el momento o no de abandonar. No le da mayor importancia a si ese final llega de mano externa o es autoinfligido, tampoco le importa si ocurre más tarde o más temprano. No mira este final con temor, ni lo considera una gran pérdida; no se pierde mucho cuando lo que queda no es más que un goteo.

El asunto no es morir más tarde o más temprano, sino el morir bien o morir mal. Y morir bien implica escapar de los riesgos de vivir mal. Por eso considero bastante afeminadas las palabras de aquel personaje de Rodas, que fue encerrado en una jaula por un tirano y lo alimentaban como a un animal salvaje. Cuando alguien le aconsejó que dejara de comer para acabar con su vida, le respondió: «Se puede tener esperanza en cualquier cosa, mientras se esté vivo».

Aunque esto fuera cierto, no vale la pena comprar la vida a cualquier precio. Sin importar qué tan grandes o asegurados sean los beneficios, el precio para alcanzarlos no debería ser un vergonzoso reconocimiento de debilidad. ¿Debo pensar que la suerte tiene todo el poder sobre una persona mientras esté viva, en lugar de pensar que no tiene ninguna injerencia sobre alguien mientras este sepa morir?

No obstante, hay ocasiones en las que este hombre, aunque cierto tipo de muerte penda sobre él, y sepa que lo aguarda una tortura, se abstendrá de contribuir a su propia ejecución; para sí mismo, sin embargo, sí colaboraría. Es un disparate morir por miedo a morir. ¿Viene alguien a matarte? Espéralo, ¿cuál es la prisa?, ¿por qué apropiarse de una tarea cruel que

le corresponde a otro? ¿Te da envidia la tarea de tu verdugo, o sólo quieres evitarle la molestia?

Sócrates pudo haber elegido el ayuno; podría haber muerto por inanición en lugar de envenenado, pero se pasó treinta días en prisión esperando la muerte, no porque pensara que todavía algo podría ocurrir, como si en ese lapso hubiera espacio para muchos resultados posibles, sino para demostrarse que era obediente de las leyes y para hacer de los últimos días de Sócrates una enseñanza para sus amigos. Despreciar a la muerte, pero temer al veneno, ¿qué podría ser más absurdo?

Escribonia, una mujer respetable, era la tía de Druso Libón, un joven que lo que tenía de noble lo tenía de estúpido. Su ambición era superior a la que podría contemplar cualquiera en su época, o a la que un hombre como él podría aspirar en cualquier época. Cuando enfermó y fue sacado del Senado en su litera, con muy poca concurrencia de seguidores —todos sus parientes lo habían abandonado sin vergüenza alguna, cuando ya era más un cadáver que un criminal— empezó a sopesar si debía cometer suicidio o esperar la muerte. Escribonia entonces le dijo: «¿Qué gusto encuentras en hacer el trabajo de otro?». Pero él no siguió su consejo; se quitó la vida. Y después de todo, tenía razón, porque cuando alguien está condenado a morir en tres o cuatro días por orden de su enemigo, entonces seguir con vida es hacer el trabajo de otro.

Por tanto, no se puede generalizar en la decisión entre anticiparnos a la muerte cuando hay un poder superior que nos amenaza con quitárnosla, o esperar a que actúe, pues hay mucho por tener en cuenta que podría inclinarnos hacia un lado u otro. Si una de las muertes incluye tortura, y la otra es fácil y sencilla, ¿por qué no escoger la segunda? Así como escojo en qué barco ir cuando voy a viajar, o en qué casa vivir cuando me voy a mudar, igual escojo mi muerte cuando voy a dejar la vida.

Además, aunque una vida más larga no necesariamente es una mejor, una muerte larga sí es por regla una peor.

En ninguna otra ocasión hay que ser más complacientes con nuestra alma como en el momento de morir. Hay que dejar que el alma parta como si se sintiera obligada a irse; ya sea que escoja la espada, la soga o el veneno que se riega por el torrente sanguíneo, hay que dejarla que proceda con su parecer y rompa las cadenas de la esclavitud. Procuramos que nuestra vida sea aceptable para otros y para nosotros mismos, pero nuestra muerte sólo debe ser aceptable para nosotros mismos. La mejor muerte es la que escogemos.

Es una tontería pensar que «alguien dirá que me faltó valentía, otro dirá que me apresuré, y uno más dirá que debí escoger una muerte con más esfuerzo». Cuando lo que deberías considerar es que la opinión de los demás no tiene importancia en la decisión que vas a tomar. Tu única consideración debe ser escapar de las garras del azar tan rápido como te sea posible, de lo contrario, siempre vas a tener gente que llega a objetar lo que haces.

Algunas personas, entre ellos filósofos serios, sostienen que no se deben tomar medidas violentas contra la propia vida, que está mal convertirte en tu propio asesino; hay que esperar, dicen, el final que la naturaleza ha decretado. Los que dicen esto no son conscientes de que esta es una forma de obstruir el camino de las libertades. La mejor orden que la ley eterna nos ha dado es la de darnos una sola vía para entrar en la vida, pero muchas para irnos.

¿Por qué esperar a la crueldad, sea de una enfermedad o de una persona, cuando puedo evitarme los sufrimientos, sacudirme los problemas y partir? Una buena razón para no quejarse de la vida es que no retiene a nadie contra su voluntad. Es buena la situación de la condición humana, ya que nadie es infeliz



excepto por su propia culpa. Vive si así lo quieres; si no, regresa al lugar de donde viniste.

Con frecuencia te han sangrado para aliviar un dolor de cabeza, y algunos también se han abierto una vena con el fin de reducir su peso. No se necesita una herida enorme para abrirte el pecho, con un corte del bisturí basta para abrir el camino a esa gran libertad, y la tranquilidad se puede comprar por el simple precio de un chuzón. ¿Qué es entonces lo que nos hace lentos y ociosos? Ninguno de nosotros piensa que algún día tendremos que dejar esta residencia de la vida, igual que viejos inquilinos reacios a mudarse porque se encariñan con un lugar y se acostumbran a este, incluso si reciben malos tratos.

¿Quieres liberarte de las restricciones de tu cuerpo? Hábitalo como si fueras a mudarte. Nunca olvides que algún día estarás privado de esta residencia, así enfrentarás el desalojo con más valentía. Pero quienes no ponen límite a sus deseos, ¿cómo van a pensar en poner un límite a sus vidas?

Para cualquier otra cosa la preparación puede resultar innecesaria, pero para esto es indispensable. Hemos predispuesto nuestras mentes para la pobreza, pero hemos mantenido nuestras riquezas. Nos hemos acorazado para despreciar el dolor, pero hemos tenido la suerte de que nuestros cuerpos fuertes y sanos nunca hayan tenido que demostrar esta fortaleza. Nos hemos preparado para soportar con entereza la pérdida de quienes amamos, pero la fortuna los ha mantenido con vida. De manera que, para esto, sólo para esto, llegará sin falta el día en que pongamos nuestra preparación a prueba.

No hay que pensar que sólo los grandes hombres han tenido la fortaleza para romper las cadenas de la servidumbre humana. No hay que creer que esto sólo puede ser hecho por Catón, aquel que extrajo con su mano el último aliento que su espada no había logrado liberar. Para nada. Hombres de lo más

bajo han logrado, con un poderoso esfuerzo, ponerse a salvo. Y cuando no han podido escoger su forma de morir, o no han encontrado los instrumentos con los que quieren darse muerte, han echado mano a lo que estuviera a su alcance y con empeño lograron convertir en armas lo que por naturaleza era inocuo.

No hace mucho, en un entrenamiento de gladiadores, un alemán que se preparaba para la exhibición de la mañana fue a las letrinas para aliviar su cuerpo —era lo único que se le permitía hacer en secreto, sin la presencia de un guardia—, una vez ahí, tomó el palo de madera que termina en una esponja y se destina a los peores usos del cuerpo, y así como estaba relleno con él su garganta hasta obstruir sus vías respiratorias y morir asfixiado. ¡Qué insulto para la muerte! Es una manera para nada elegante o decente de acabar la propia vida, pero nada es más estúpido que ser quisquillosos con la forma de morir.

¡Qué valiente! Se merecía que se le concediera la elección de su destino. ¡Con qué bravura habría empuñado la espada, con qué valentía se habría hundido en las profundidades del mar o se habría lanzado a un precipicio! Sin más recursos disponibles, encontró cómo proporcionarse un arma para darse muerte. De esto se aprende que lo único que se interpone para retrasar nuestra muerte es la voluntad. Que cada quien juzgue como quiera el mérito de este valiente hombre, mientras estemos de acuerdo en algo: la muerte, incluso la más asquerosa, es preferible a la esclavitud, incluso la más limpia.

Ya que empecé a ilustrar el tema con ejemplos desagradables, voy a seguir por la misma línea, dado que los hombres se exigen más a sí mismos si ven que la muerte puede ser despreciada incluso por la clase de hombres más despreciable. Creemos que los Catones, los Escipiones y otros nombres que solemos escuchar con admiración se ubican en una esfera más allá de la imitación, pero te probaré que la virtud de la que te hablo se

encuentra por igual entre los gladiadores como entre líderes de la guerra civil.

No hace mucho, un esclavo destinado al espectáculo de la mañana era trasladado en un carro rodeado de guardias. Finjiendo estar adormilado, dejaba caer su cabeza cada vez más bajo hasta alcanzar los radios de las ruedas y mantuvo su cuerpo en posición el tiempo suficiente para que el giro de estas rompiera su cuello. Así logró escapar de su castigo en el mismo carro que lo conducía hacia este.

Cuando alguien desea liberarse y partir, nada se interpone en su camino. La naturaleza nos custodia con las puertas abiertas. Si las circunstancias lo permiten, podemos buscar la salida más fácil; si hay muchos modos a la mano para obtener la libertad, podemos sopesar y escoger el mejor camino. Pero si la situación es complicada, no hay que escoger la mejor, sino la más cercana, aunque parezca extraña, aunque sea inaudita. Si no te falta el coraje, no te faltará el ingenio para morir.

Mira que incluso los esclavos de la peor calaña, cuando el sufrimiento realmente los impulsa, logran distraer la atención hasta del guardia más despierto. Un hombre de verdad grande no es aquel que sólo ordena su propia muerte, sino aquel que logra efectivamente quitarse la vida.

Pero te prometí más ejemplos del mismo tipo. Durante la segunda parte de una batalla naval simulada, uno de los bárbaros tomó la lanza que le habían dado para usar contra sus enemigos y la hundió en su propio cuello, y decía: «¿Por qué no escapé hace mucho de cada tormento, de esta burla? ¡Por qué! ¿Por qué esperar a la muerte, si tengo un arma?». Esto hizo que el espectáculo cobrara más valor, porque de él aprendieron los asistentes que hay más honor en morir que en matar.

¿Entonces qué? Si gente desesperada y peligrosa posee tal espíritu, ¿no deberían poseerlo también quienes se han prepara-

do para enfrentar los infortunios con larga meditación y con la razón, que es la medida de todas las cosas? La razón nos enseña que hay muchos caminos para llegar a nuestro destino, pero el final es el mismo; y dado que inevitablemente llega, no importa dónde comienza.

Es también la razón la que te aconseja, si puedes, morir como prefieras; y si no tienes esa oportunidad, que lo hagas como puedas, y que aproveches lo que esté a tu alcance para quitarte la vida. Está mal robar los medios para vivir, pero está muy bien robar los medios para morir.



## Sobre disponerse para el azar

Nuestro amigo Liberalis se encuentra decaído, porque se ha enterado del incendio que acabó por completo la ciudad de Lyon. Un desastre que afligiría a cualquiera, con mayor razón a un hombre que ama profundamente la tierra en la que nació, pero le ha servido para preguntarse por la fortaleza de su carácter entrenado para afrontar situaciones que supuso desde antes que le causarían miedo. No obstante, no me sorprende que no haya anticipado temor hacia esta desgracia tan imprevista y prácticamente inimaginable, dado que no existen antecedentes. El fuego ha causado daños en muchas ciudades, pero no al punto de aniquilarlas. Aun cuando los incendios son causados por acción de los enemigos, muchos lugares se salvan de la destrucción; y no es común que el fuego, incluso reiniciado varias veces, consuma por completo de tal forma que no quede nada para resolver con las espadas. Ni siquiera un terremoto ha llegado a ser tan violento y severo como para arrasar toda una ciudad. Es decir, ningún incendio había sido antes tan devastador que no dejara absolutamente nada para quemar después.

Tantas construcciones hermosas, cada una de las cuales podría, por sí misma, embellecer una ciudad, destruidas en una sola noche. En tiempos de una paz tan prolongada, un evento ha causado más pérdidas que las que se habrían podido temer en tiempos de guerra, ¿quién creyera? Cuando las armas están en reposo en todas partes y la tranquilidad se extendía en el mundo, Lyon, el orgullo de Galia, se ha perdido de vista. Por lo general, cuando el infortunio llega de manera colectiva, quienes van a padecerlo han podido anticipar el temor que van a sentir; ninguna edificación de gran importancia ha caído en ruinas de un momento a otro. En este caso, una sola noche

marcó la diferencia entre una ciudad en todo su esplendor y una ciudad que no existe más. En resumen, su final se tomó menos tiempo del que me he tomado yo para contártelo.

Todo esto ha afectado a nuestro amigo Liberalis doblando su ánimo, que por lo general es firme y resuelto de cara a sus propias adversidades. Y tiene razones para estar deprimido, lo inesperado pone una carga más pesada sobre nuestros hombros. No hay mortal que no aumente el tamaño de su pena cuando la sorpresa se suma a su pérdida.

Por tanto, no debemos dejar que nada nos encuentre sin preparación. Nuestra mente debería anticiparse a todos los problemas y considerar, ya no lo que normalmente ocurre, sino lo que podría ocurrir. ¿Existe acaso algo que la fortuna, cuando se decide, no pueda arrastrar hasta el suelo aunque se encuentre en su máxima capacidad?, ¿qué cosa hay que entre mayor sea su brillo no ataque y sacuda ella con más fuerza? Para la fortuna nada es difícil, nada es laborioso. No siempre ataca en el mismo sentido, y no siempre de las formas más conocidas. A veces usa nuestras propias manos en contra nuestra; otras veces, confiada en su propio poder, nos pone en peligro sin que intervenga nada más. Ningún momento está exento: en medio del placer, surge alguna causa de sufrimiento. La guerra aparece en medio de la paz, y todo lo que nos había dado protección se transforma en una causa de miedo: los amigos se convierten en adversarios, los aliados se convierten en enemigos. La calma de un día de verano se transforma de repente en una tormenta más salvaje que las de invierno.

Incluso sin un enemigo a la vista, somos víctimas de los efectos de la guerra, y si no hay razón alguna para el desastre, la buena suerte excesiva encuentra una por sí misma. Las personas que más se cuidan, de repente se enferman, y las más fuertes sufren de males debilitantes; los castigos llegan para

quienes no tienen culpa alguna y las protestas alcanzan a los más reclusos.

Cuando cree que lo hemos olvidado, el poder del azar encuentra un arma nueva con la cual golpearlos. Cualquier estructura que haya sido levantada tras muchos años, con grandes esfuerzos y gracias a la benevolencia de los dioses, la arruina y dispersa en un solo día. Pero decir «en un día» es posponer a muy largo plazo los infortunios que se avecinan con prisa; una hora, un instante bastan para acabar un imperio. Sería un gran consuelo para nuestra fragilidad y nuestras preocupaciones si todo decayera tan lentamente como llega a existir, pero en realidad, la creación es un paso lento, mientras que la ruina es uno rápido.

Sea público o privado, nada permanece inamovible. Las personas, como las ciudades, están atrapadas dentro de los giros del destino. En medio de la mayor calma, surge el terror, y aunque ninguna causa externa provoque la conmoción, el mal emerge de donde menos se le espera. Reinos que habían sobrellevado guerras internas y extranjeras colapsan sin la intervención de nadie. ¡Pocos estados han permanecido prósperos por largo tiempo! Por lo tanto, debemos tenerlo todo en cuenta y fortalecer nuestra mente para enfrentar cualquier contingencia que se presente.

El exilio, la tortura de las enfermedades, la guerra, los naufragios; hay que tenerlos todos en mente. El azar te puede arrancar de tu país, o a tu país de ti; puedes ser enviado a un desierto, o el mismo lugar en el que estás rodeado de gente convertirse en un desierto. Debemos mantener siempre a la vista todas las posibilidades del destino humano, y para evitar que nos sobrepasen y nos confundan las desgracias como hechos extraordinarios, preparemos de antemano nuestras mentes no para el mal que con frecuencia sucede, sino para el mal más grande que podría suceder. Debemos considerar el destino en su totalidad.

¡Cuántas veces ciudades de Asia y de Acaya han quedado allanadas con un solo sacudón de un terremoto! ¡Cuántos pueblos de Siria, cuántos de Macedonia han sido devorados! ¡Con qué frecuencia desastres así han dejado a Chipre en ruinas! ¡Cuántas veces ha colapsado Pafos! No es raro que nos lleguen noticias de ciudades destruidas, y qué pequeña parte somos del mundo quienes recibimos con frecuencia estas noticias. Por eso, levántemonos para confrontar los riesgos del destino, sabiendo que los rumores siempre exageran el tamaño de lo que ha sucedido.

Se incendió una ciudad próspera, y aunque ubicada entre las provincias, no era una más de ellas, era un adorno entre ellas; aun así, estaba en una simple colina, una no muy extensa, además. Pero de todas esas ciudades que hoy gozan de una reputación de grandeza y gloria, el tiempo no dejará ni un rastro. ¿Acaso no ves que en Acaya se han demolido famosas ciudades hasta sus bases y no queda ni la huella de que una vez existieron?

No sólo decae el trabajo de nuestras manos, o se derrumba al pasar los días lo que ha sido establecido con el arte y el esfuerzo de los hombres; las cumbres de las montañas se desmoronan, regiones enteras se hunden, y las olas llegan a inundar lugares que estaban alejados de la orilla del mar. El poderoso fuego volcánico erosionó las colinas por las que antes solía brillar y redujo la altura de elevados picos que servían de faro y alivio a los navegantes. Y dado que hasta las mismas obras de la naturaleza sufren daños, no deberíamos quejarnos de la destrucción de una ciudad.

Están en pie para caerse, un destino que les espera a cada una de ellas. Ya sea porque la presión de un viento subterráneo empuje las barreras que lo oprimen, o porque las corrientes de agua bajo tierra irruman con violencia contra lo que bloquea su poder, o que una erupción volcánica quiebre la corteza de la tierra, o que el tiempo, del que nada se salva, las reduzca

poco a poco, o que un clima pestilente acabe con su población y el descuido corra sus muros abandonados. Tomaría mucho tiempo hacer la lista de todas las formas en las que el infortunio puede llegar, pero de algo estoy seguro: toda obra construida por mortales está condenada a perecer. En medio de cosas que van a morir, vivimos.

Consuelos de este tipo son los que le ofrezco a nuestro amigo Liberalis, que arde de un amor por su tierra de no creer. Tal vez su destrucción se dio sólo para ser reconstruida con mejor fortuna. No es extraño que un infortunio abra espacio para una prosperidad mayor. Muchas estructuras han caído sólo para reaparecer más altas. Timógenes, opositor del éxito de nuestra ciudad, decía que la única razón por la que lamentaba los incendios de Roma era por la convicción de que las estructuras reconstruidas serían superiores a las quemadas. También en Lyon es seguro que todos procurarán levantar edificaciones más altas y seguras que aquellas que perdieron. ¡Esperemos que sus construcciones perduren y tengan mejores auspicios para una vida más larga! De hecho, este es el centésimo año desde la fundación de esta colonia, ni siquiera es tan vieja como la vida humana más larga. Fundada por Planco, las ventajas naturales de su ubicación la llevaron a ser el centro densamente poblado que conocemos, pero cuántas calamidades graves ha tenido que soportar en el tiempo de vida de una persona anciana.

Dispongamos nuestras mentes, por tanto, para entender y aceptar nuestra suerte, con el conocimiento de que no hay nada a lo que no se atreva la fortuna, que ejerce su derecho sobre imperios y emperadores por igual, y el mismo poder sobre las ciudades y sobre los ciudadanos que las habitan. No tenemos razones para ofendernos por estas cosas. A tal mundo hemos llegado y bajo tales reglas vivimos; acéptalas y cúmplelas, o recházalas y sal por el camino que prefieras. Puedes resentir que

una injusticia te afecte en lo individual, pero si es una norma que obliga en igual medida a quienes están en lo más alto y en lo más bajo, reconcílate con el destino, que todo lo lleva a su fin.

No debes calcular nuestra valía por nuestras tumbas ni por esos monumentos de alturas desiguales que se encuentran a lo largo del camino: una vez hechos cenizas, todos tenemos la misma altura. Somos desiguales al nacer, pero iguales al morir. Digo lo mismo para las ciudades que para sus habitantes: Roma fue ocupada al igual que Ardea. Aquel que estableció las leyes humanas trazó diferencias entre nosotros basadas en el linaje o los nombres ilustres sólo para cuando estamos vivos; una vez llegamos a nuestro final como mortales, dijo: «¡Fuera ambición! Que una sola y única ley rija para todos los que pisen la tierra». Somos iguales en la capacidad para soportar todo sufrimiento, nadie es más vulnerable que otro, nadie tiene su vida más asegurada para el siguiente día.

Alejandro, rey de Macedonia, comenzó a estudiar geometría. Hombre infeliz, porque así aprendería cuán diminuta era la tierra, de la que había capturado sólo una fracción. Lo repito: hombre infeliz, porque estaba condenado a entender que portaba un título falso; ¿quién puede ser «Magno» en un área tan minúscula? Las lecciones que estudiaba eran complicadas y sólo se podían aprender con dedicación constante, no eran nada que pudiera aprender fácilmente un insensato que dejara volar su pensamiento más allá del océano. «Enseñame algo fácil», decía; a lo que su maestro respondía: «Son las mismas enseñanzas para todos, e igual de difíciles para todos».

Imagina que la naturaleza nos dice lo mismo: «Eso de lo que te quejas es igual para todos. No puedo hacerlo más fácil para nadie, pero quien lo desee puede hacerlo más fácil para sí mismo». ¿Cómo? Con serenidad. Debes sufrir dolor, sed, hambre, y si se te concede una estadía más larga entre los

humanos, también vejez; debes enfermarte, sufrir pérdidas y finalmente morir.

Sin embargo, no hay razón para que tengas que aceptar lo que claman algunos a tu alrededor; pues nada de esto es un mal, o una carga que no estés en capacidad de soportar, o una crueldad. Simplemente es un lugar común temerles. Que le temas a la muerte es como si le temieras al chisme, y ¿qué hay más absurdo que un hombre que tenga miedo de las palabras?

Nuestro amigo Demetrio dice con mucho ingenio que lo que hablan las personas ignorantes significa para él lo mismo que los ruidos que hace el estómago. Dice: «¿Qué diferencia hay si los ruidos vienen de arriba o de abajo?». ¡Qué locura preocuparse por ser despreciable a juicio de los despreciables! Así como no hay razones para preocuparse por lo que dice la gente, tampoco las hay para preocuparse por estas cosas que no temerías si la gente no hubiera dicho que eran de temer. ¿Qué daño puede hacer a un hombre bueno ser difamado por un chisme injusto? Ninguno, seguramente; entonces tampoco oigamos chismes injustos sobre la muerte, que también goza de mala fama. Ninguno de los que critican la muerte la ha experimentado nunca. Hasta que eso ocurra, es grosero condenar aquello que se ignora. Pero algo que sí sabemos con certeza es que para muchos la muerte es conveniente; a cuántos los libera de torturas, carencias, enfermedades, sufrimientos y tedio. No estamos bajo el poder de nada, mientras que la muerte está en nuestro poder.

## Sobre el peligro que viene del hombre

¿Por qué estás tan atento a cosas malas que podrían sucederte, pero que bien podrían no ocurrir? Hablo de incendios, derrumbes, y ese tipo de des-

gracias que son accidentales y que no nos hieren con intención. En lugar de eso, presta atención y evita ese tipo de peligros que nos siguen los pasos y tratan de alcanzarnos. Aunque accidentes como un naufragio o caerse de un carruaje pueden ser graves, son bastante infrecuentes; los peligros de cada día vienen del hombre hacia sus semejantes. Toma precauciones contra estos males y no los pierdas de vista; porque no hay otro más frecuente, ninguno más persistente, ni tampoco más insidioso.

Incluso la tormenta amenaza antes de desatarse, los edificios crujen antes de derrumbarse y el humo es el anuncio de un fuego; pero el daño que causa un ser humano es inmediato, y entre más cerca esté, con más cuidado se esconde. Es un error confiarse de la apariencia de la gente que conoces; tienen el aspecto de un hombre, pero el carácter de una fiera salvaje. La diferencia es que con los animales el mayor peligro es un primer ataque, después de haber dejado atrás a una persona, ellos no se devuelven para perseguirla. Porque nada los lleva a hacer daño, excepto cuando la necesidad los obliga: sólo el hambre o el miedo los fuerza a pelear. Un hombre, en cambio, se complace en destruir a otro.

Sin embargo, debes reflexionar sobre los peligros que corres a manos del hombre, con el fin de encontrar cuáles son tus responsabilidades como persona. Permanece atento a unos para evitar que te hagan daño, y a otros, para evitar dañarlos. Debes alegrarte con todos en sus logros, y simpatizar con ellos en sus problemas, y recordar siempre qué debes ofrecer y qué debes conservar.

¿Y qué puedes obtener viviendo de esta manera? No necesariamente estarás libre de ser herido, pero sí libre de ser decepcionado. Refúgiate en la filosofía tanto como te sea posible, ella te protegerá y estarás seguro, o más seguro, en su santuario. La gente sólo se choca cuando anda por el mismo camino.

Pero no debes alardear de tu propia filosofía, porque cuando se le ha empleado con insolencia y arrogancia ha representado un peligro para algunos. Úsala para enmendar tus defectos, pero no para criticar los de otros. No debes distanciar la filosofía de las costumbres generales, ni hacerla parecer que condena todo lo que ella no hace. Un hombre puede ser sabio sin ostentación y sin ganarse enemigos.



## Sobre cómo vivir tranquilos

Te voy a hablar de las cosas a las que debes estar atento para tener una vida más segura. Pero por favor toma estos preceptos como si te estuviera aconsejando

cómo mantenerte saludable en tu casa de campo en Ardea. Piensa en los motivos que hay para que una persona le haga daño a otra: encontrarás que son la esperanza, la envidia, el odio, el miedo y el desprecio.

De todos estos, el desprecio es el menos dañino, tanto que muchos se esconden detrás de él como remedio. Ser despreciado, sin duda, lastima, pero es una herida que no dura mucho; nadie le pone mucha persistencia o empeño en dañar a alguien por desprecio. Incluso en la batalla, nadie pelea con el enemigo que ha caído, sólo con los que siguen en pie.

También puedes esquivar los deseos de los inescrupulosos siempre que no poseas algo que estimule su codicia; la envidia si no alardeas de tus propiedades, si aprendes a disfrutar en privado; el odio causado por una ofensa si no provocas a nadie; y del injustificado te proteges con el sentido común. Aunque de este tipo han sido víctimas muchos; de hecho, algunas personas han sido odiadas aun sin tener un solo enemigo.

Para no ser temido te será suficiente tener una fortuna moderada y un carácter dulce. Las personas deben saber que eres el tipo de hombre que si es ofendido no se vuelve peligroso, que la reconciliación contigo es posible y es fácil. Ser temido es problemático tanto en casa como en público; es igual de malo si te temen tus esclavos o si lo hacen hombres libres: todos tendrían la suficiente fuerza para hacerte daño. Además, todo el que es temido siente a su vez temor; nadie ha sido capaz de infundir miedo y vivir en paz mental.

Queda por hablar del desprecio. Pero está al alcance de cualquiera mantenerlo dentro de sus límites tomando el control, al

hacerse despreciable porque lo desea, y no porque lo merezca. Las buenas costumbres ayudan a mitigar sus efectos negativos, así como tener amistad con alguien que tenga influencia sobre algún hombre poderoso. Te será de beneficio tener relación con ellos, pero no involucrarte muy profundo, pues entonces la solución sería peor que el problema.

Sin embargo, nada te ayudará tanto como mantener la calma: habla poco con los demás y mucho contigo mismo. Porque la conversación tiene cierto encanto, algo muy sutil y seductor que, igual que la embriaguez o el amor, deja salir nuestros secretos. Nadie se va a callar lo que escuche. Nadie va a contar apenas lo que escuche, ni va a contar la historia sin dar el nombre de la fuente. Todos tienen alguien a quien confiar exactamente lo que se les ha confiado. Incluso si controla su locuacidad y se limita a un solo par de oídos, pronto se volverán muchos otros, y lo que hasta hace poco era un secreto se convierte así en habladuría popular.

La seguridad consiste en gran medida en no hacer lo que no es correcto. Quienes carecen de autocontrol tienen vidas frenéticas y perturbadas, sus miedos tienen la medida exacta de sus fechorías y jamás tienen reposo. Después de actuar mal, tiemblan y se avergüenzan, su conciencia no les permite ocuparse de otros asuntos y los obliga todo el tiempo a confrontarse. El castigo llega para quien lo espera, y quien lo espera, lo merece.

Cuando hay un cargo de conciencia, algo nos puede dar tranquilidad, pero nada nos dará seguridad, pues quien es culpable piensa todo el tiempo que puede ser capturado, aunque nunca ocurra; no tiene descanso cuando duerme, y cuando habla de los crímenes de otro, piensa en los suyos, y considera que no los ha encubierto o escondido lo suficiente. El malvado a veces tendrá la suerte de no ser descubierto, pero nunca tendrá la seguridad.





# Que filosofar es aprender a morir

(Fragmento)

MICHEL DE MONTAIGNE



EPÍLOGO

MICHEL DE MONTAIGNE

Dice Cicerón que estudiar filosofía no tiene otro objetivo que el de enseñarnos a morir, y esto se debe a que el estudio y la contemplación, de alguna manera, nos privan de nuestra alma y hacen uso de ella alejada de nuestro cuerpo, lo que es una especie de aprendizaje por semejanza con la muerte. Es decir, toda la filosofía y el razonamiento en el mundo llevan a un mismo punto: enseñarnos a no temer a la muerte. Y en realidad, o nuestro razonamiento se burla de nosotros o su único objetivo debe ser nuestra satisfacción, y todo su trabajo debe permitirnos la alegría de un buen vivir, como dicen las sagradas escrituras. Todas las opiniones del mundo coinciden en que el placer es nuestro fin, aunque lo demuestren de diferentes maneras; de lo contrario, las desecharíamos desde el principio, porque, ¿quién prestaría atención a quien afirmara que nuestro fin es sufrimiento y malestar? En este punto, las controversias y disputas entre escuelas filosóficas son simplemente verbales, *Transcurramus solertissimas nugae*<sup>1</sup> (pasemos por alto estas sutiles minucias); hay más en ellas de mala fe y obstinación de lo que conviene a esta sagrada profesión, pero cualquiera sea el papel que un hombre asuma, no dejará de poner algo propio en la interpretación.

Que los filósofos digan lo que quieran, de todas formas, nuestro objetivo final, incluso dentro de la virtud, es el deleite. Me da gusto azotarles los oídos con una palabra que tanto les desagrada, y si esta significa un placer supremo y una satisfacción extrema, se debe más a la existencia de la virtud que a ninguna otra cosa.

.....

1 Séneca, *Cartas a Lucilio* 117.

## Créditos

Cartas a Lucilio

Séneca

**Autor**

© De la adaptación:

**Mónica Palacios**

© De esta edición:

**Grupo de Inversiones**

Suramericana S. A. (Grupo SURA)

Gonzalo Alberto Pérez Rojas  
**Presidente de Grupo SURA**

Juana Francisca Llano Cadavid  
**Presidente de Suramericana**

Ignacio Calle Cuartas  
**Presidente de SURA Asset  
Management**

Juan Fernando Rojas  
Paula Cecilia Villegas  
**Coordinación editorial**

CRÉDITOS

SÉNECA

**Asesoría editorial, selección de  
contenidos, edición y diseño gráfico**

Mesa Estándar

Juan David Díez

Miguel Mesa

Verónica Montoya

María Camila Henao

**Corrección de estilo y cuidado  
de la edición**

Catalina Trujillo Urrego

**Ilustraciones**

Elizabeth Builes

**Impresión**

Artes y letras S. A. S.

**ISBN**

978-958-53746-5-2

Primera edición, marzo de 2023

Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la  
autorización escrita de los editores,  
bajo las sanciones establecidas en  
las leyes, la reproducción total o  
parcial de esta obra por cualquier  
medio o procedimiento.









### CLAVE ORIENTAL DEL ARCO DE TITO. FORO ROMANO.

(Símbolo de la virtud)

El arco fue construido en el primer siglo de nuestra era. La clave fue considerada durante mucho tiempo una de las más bellas del Imperio. Una mujer militar, entre dos volutas dobles, da la bienvenida a los visitantes y soldados que van de camino al Capitolio.

**CLAVE:** Elemento básico o decisivo de algo.

**CLAVE DEL ARCO:** Piedra central y más elevada con la cual este se cierra y activa.

**ARCO ROMANO:** Símbolo del cobijo, del paso y la bienvenida.

**VOLUTA:** Adorno en forma de caracol, rollo o espiral que se usó en la arquitectura griega y romana.

**ESPIRAL:** Forma que representa la evolución y la virtud geométrica.

«Dominio Público *Keystone of the eastern side of the arch of Titus*». Desgodetz, Antoine (1653-1728). *Les edifices antiques de Rome* (1682 Paris). Tomado de Knight, William M.A (1896). *The Arch of Titus*. Página 72:  
<https://www.flickr.com/photos/internetarchivebookimages/14596622817/in/photolist-ow8njs-ow8mUu-ow4iDM-oeRvqD-oeQHgB-ow4hrX-owkse4-ouiybG-oeQQVf-ow4h3v-owkqVc-oy6bmM/>.

Este libro fue impreso en los talleres de Artes y Letras S. A. S. Medellín, marzo de 2023. Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia tipográfica *Sabon*, diseñada por Jan Tschichold en 1967. También se usó la fuente *Unit Pro*, diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz en 2003. El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.

ISBN: 978-958-53746-5-2

ISBN:978-958-53746-6-9

HABITAR LA VIRTUD ABRIGA DOS  
TEXTOS QUE SE ENTRELAZAN:  
*CARTAS A LUCILIO*, DE SÉNECA,  
—ESCRITAS ALREDEDOR DE LOS AÑOS  
62 Y 63 D. C.—, Y *EL LIBRO DE LAS  
HORAS*, DE RICARDO SILVA ROMERO,  
QUE CASI DOS MILENIOS DESPUÉS  
COMENTA EL PRIMERO CON EL DESEO  
DE INTERPELARNOS.

Las posibilidades del desarrollo más humano en una sociedad para todos, nos implican tender puentes y reconocer la ética como punto de encuentro, más allá de dogmas y visiones extremas. Esta condición es necesaria para un buen vivir, individual y colectivo, que nos permita avanzar hacia una existencia consciente, coherente y plena. Requerimos abrazar la virtud para comprender nuestro papel en el mundo.

Séneca nos dejó esta invitación hace dos mil años; Ricardo Silva reflexiona en el 2023 sobre su vigencia. Conversación intemporal para comprendernos mejor y buscar un desarrollo armónico.

**SURA** 